

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

UNIDAD DE POSGRADO

“El Discurso Periodístico: Una Perspectiva Filosófica”

TESIS

Para optar el grado de Magíster en Filosofía con mención en Historia de la
Filosofía

AUTOR

Christopher Dante Rojas Quispe

Lima – Perú

2014

A mis padres y hermanos, a todos aquellos que de una u otra manera confiaron en mí.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	06
 CAPÍTULO I	
Algunos paradigmas en el contexto actual.....	09
1.1 El discurso posmoderno.....	09
1.2 De la verdad.....	28
1.3 Ética y valores.....	37
1.4 Comunicación y sociedad.....	47
1.5 Los medios masivos.....	54
 CAPÍTULO II	
Los medios en un mundo posmoderno	60
2.1 La realidad y lo real en los medios de comunicación.....	60
2.2 ¿Es pertinente seguir hablando de realidad en el contexto mediático contemporáneo?.....	72
2.3 La noticia y su configuración.....	78

CAPÍTULO III

El discurso, los lectores digitales, los de a pie	87
3.1 Cotidianidad y discurso	87
3.2 El rumor de la calle, el rumor de la web	92
3.3 Las alternativas, salidas, escapes	102
3.4 De lo oral a lo digital, de lo cotidiano a lo oral.....	115
CONCLUSIONES.....	124
BIBLIOGRAFÍA.....	140

Introducción

Es penoso que se le dedique poca reflexión y pocas páginas o ninguna al tema de las comunicaciones y a su impacto en la sociedad actual. Por un lado los filósofos a ultranza encuentran poco relevante dedicar horas de estudio al fenómeno en cuestión y aquellos, formados propiamente en el campo, no van más allá de sus análisis prácticos y descriptivos de la televisión, la radio y la prensa, sino a partir de la sola lectura de esas mismas fuentes o de autores que solo toman como base lo mismo, es decir, aislados completamente del meollo del asunto, cegados por la inmediatez y lo epidérmico, y carentes de un soporte académico, riguroso.

Entonces, este trabajo parte de la iniciativa siguiente: por un lado, conciliar el divorcio existente entre una línea de pensamiento dura como es la de la filosofía y un tema, en apariencia, superfluo y mediato como el de las comunicaciones. Y, por otro lado, desmitificar la persistente y sempiterna miopía de los supuestos analistas de las comunicaciones; esa niebla que limita los análisis a cuestiones de manipulación, política, influencia y tecnología.

La cuestión de fondo o epidérmica recae sobre el desarrollo galopante de las nuevas tecnologías, su impacto sobre el hombre y la respuesta de éste, en la actualidad vía, sobre todo, los medios de comunicación.

Los medios de comunicación han sido vistos, durante décadas, por los propios periodistas y el promedio de los ciudadanos, como necesarios y absolutos. En realidad, su aporte es comparable al que realiza cualquier gerente de producto con una mercadería. Las noticias o más precisamente, la información noticiosa, son productos que deben ser ofrecidos como mercancía, y no como mera información, es decir, más allá del interés de la población, del derecho a informar y acorde con una idea precisa de lo que es el hombre contemporáneo.

Es en las entrañas del periodismo, aunque no solo allí, que se ve reflejada la inmediatez, la caducidad, la disolución de la historia, del tiempo, del pasado, del presente y del futuro, es decir, lo que define al hombre actual.

El análisis mencionado es pertinente, toda vez que los cánones filosóficos se han resquebrajado. Concepciones como el tiempo, el hombre, el ser, la realidad y lo real no son más lo que eran antaño, tampoco su contrario, sino algo distinto.

Las circunstancias actuales obligan a replantear los viejos paradigmas de cara a los acontecimientos y hechos contemporáneos. Acercarse a éstos supone, necesariamente, verlos a través de un prisma más acorde a su naturaleza, de ahí que los modelos y categorías utilizados en la filosofía medieval, antigua y/o moderna poco puedan aportar en ese sentido. Luego, la línea de pensamiento que aborda y se ocupa de dichas cuestiones resulta siendo la de la posmodernidad.

El surgimiento de las nuevas tecnologías ha potenciado la fragmentación del sujeto como unidad, el mercado, al reemplazar las funciones que antes eran propias del Estado, ha intercambiado las nociones de permanencia por las de liviandad y volatilidad. Las nociones de realidad y real se han visto trastocadas a partir del apogeo de la Internet y de la sofisticación de sus herramientas. Dichas nociones están dominadas por los video juegos, micro procesadores de texto, realidad virtual y demás.

El conocimiento ha pasado, de ser voluminoso, a caracteres definidos por el ordenador, haciendo gala de cuán compacta puede llegar a ser la información y el pensamiento.

Por su parte, la comunicación en su sentido lato se ha reducido a poseer una herramienta que reemplace la palabra, la voz, el aliento, en buena cuenta, el latido del interlocutor. Mientras que las lenguas de las esquinas, al parecer única sobreviviente en este apogeo de la información, subvierte, camufla y responde con tono irónico lo que manda la lengua oficial, los académicos y los medios de comunicación.

En suma, este trabajo solo busca iluminar esos puntos ciegos o destellos cegadores que, por ser tales, evitan que se poseen la mirada de los concurrentes en la relación hombre y tecnología desde, principalmente, la prensa escrita, para así arribar a una mejor comprensión de ambos.

CAPÍTULO I

ALGUNOS PARADIGMAS EN EL CONTEXTO ACTUAL

El presente capítulo tiene como objetivo dar luces del acaecimiento del ocaso del paradigma moderno frente a los fenómenos ocurridos a partir del siglo XIX a propósito de La condición posmoderna de Jean Françoise Lyotard.

Para arribar a tal pretensión es necesario caracterizar el discurso moderno y su contrario, el posmoderno. Y más precisamente, las nociones más saltantes que atañen a cada modelo y que sirva a la consecución de tal objetivo, tales como la verdad, la ética, los valores, la comunicación, la sociedad y los medios masivos.

1.1 El discurso posmoderno

Los inicios de la filosofía propiamente dicha, esto es, alejada de una cultura dominada por el mito, se remontan a la Grecia de Platón y Aristóteles; incluso antes que ellos.

Aristóteles ya veía en Tales de Mileto, quien desarrolló su actividad en Jonia durante la primera parte del siglo VI a.C., al primer físico griego.

Pero mucho se distaba aún de una promoción de ideologías de libertad, de individualidad creadora, aventuras cabalísticas y alquímicas. En suma: un sujeto vía a su autonomía de conciencia, que gozara de su libre albedrío promovido por la experimentación científica.

Y aunque muchas tesis historiográficas toman el inicio de la condición moderna con el denominado Renacimiento de los siglos XV y XVI, es recién un siglo más tarde que Descartes, considerado el padre de la filosofía moderna, rompería con la idea contemplativa del sujeto frente a la realidad, ésta sería un reflejo de lo que conoce, y a su vez tomaría distancia de los escolásticos. Objeto y sujeto deben ser auscultados con la luz de la razón. El conocimiento se funda en el arribo a ideas claras y distintas a través de la misma. En suma, el conocer se basa en la razón.

El ensimismamiento, la introspección en la dentrura, el volver la mirada sobre sí mismos, en una palabra, la subjetividad es lo que determina, para él, el criterio de certeza: “No podemos dudar de nuestra existencia mientras dudemos, y que éste es el primer conocimiento que adquirimos cuando filosofamos en orden (...) Por lo tanto, el conocimiento, *Yo pienso, luego Yo soy*, es lo primero y lo más certero que le ocurre al que filosofa en orden” (Descartes 1912: 167).

Desde luego, Descartes se refiere estrictamente al *Yo soy* como ser pensante y no como corporeidad, de hecho desdeña ésta por ser en sí misma presa fácil de engaño: “Mientras nosotros en consecuencia rechazamos todo lo cual pueda contemplar la más mínima duda e incluso imaginar que es falso, fácilmente supondremos que no hay Dios, ni firmamento, ni cuerpos y que incluso nosotros tampoco tendremos manos ni pies, ni, finalmente, un cuerpo; pero no podemos de la misma manera suponer que no somos mientras dudemos de la verdad de estas cosas” (Ibídem).

Para Hannah Arendt de acuerdo a la evidencia histórica los hombres modernos en vez de ser regresados al mundo fueron eyectados a sí mismos. De hecho, la contribución más tenaz y peculiar desde Descartes a la filosofía moderna ha sido la concentrada preocupación sobre el yo, separando el alma, la persona o el hombre en general y reduciendo tanto las experiencias mundanas como aquellas con otros seres humanos, a las suyas (Arendt 1974: 332). Como se ve, la alienación del mundo pasa a ser el tema central de la duda cartesiana.

Es en el mundo moderno, también, que acontece la transformación de la esencia del hombre en sujeto, entendido como lo que se halla presente, lo que concentra todo en sí. Sobre el hombre se establece todo lo existente a semejanza de su ser y su verdad; se transforma en el medio de referencia de lo existente. Pero esto supone un replanteamiento de la definición de lo existente en su conjunto, esto es, la imagen del mundo.

Por consiguiente, imagen del mundo, entendida esencialmente, no significa una imagen del mundo, sino el mundo comprendido como imagen. Lo existente en su conjunto se toma ahora de suerte que lo existente empieza a ser y sólo es si es colocado por el hombre que representa y elabora. Cuando se llega a la imagen del mundo, se realiza una decisión esencial sobre lo existente en conjunto. El ser de lo existente se busca y encuentra en la condición de representado de lo existente. (Heidegger 1960: 79).

De ahí que sea el paso a un mundo visto como imagen lo que caracteriza la esencia de la Edad Moderna.

En otra clave, lo característico de la modernidad resulta siendo: “el control y el dominio de la realidad y del hombre, y la autonomía del individuo. La razón justifica el desarrollo del individuo y, al mismo tiempo lo controla y lo limita.”(Lopez Gil 1996: 19).

A su vez la noción de historia, entendida como un proceso lineal de liberación paulatina de la humanidad, es incluida en el proyecto moderno.

Un aspecto saltante propio del periodo es el uso de la reflexividad, sea como acentuación del universo subjetivo del saber, que garantice la certeza y la seguridad y, de otro lado, el despotismo del hombre sobre el mundo.

Y es precisamente allí que entra a tallar la ciencia moderna:

El significado histórico de la ciencia moderna no puede entenderse, a mi juicio, sin esta reflexividad que se contiene en el intento de proceder a la conquista de nuevas zonas de objetividad en un mundo inhóspito (...) Pero si, en la ciencia moderna, la significación de los objetos es esencialmente subjetiva, no es extraño que lo obtenido por el sujeto en términos de seguridad y certeza aparezca como el más elevado criterio epistemológico. Por eso la modernidad es esencialmente, y en sus orígenes, método. Se trata de garantizar metodológicamente la objetividad. La atención se desplaza hacia los procedimientos del pensamiento, hacia las reglas y métodos de constitución del saber (...) (Innerarity 1990: 17).

En la introducción a *La condición posmoderna*, Jean-François Lyotard hace referencia a la necesidad de la ciencia, históricamente antagónica a los relatos en tanto fábulas, de auto legitimarse a partir de la puesta en marcha de su propia propuesta, esto es, no limitarse a enunciar regularidades útiles, sino buscar lo verdadero y así legitimarse a sí misma; he ahí que se le puede llamar finalmente filosofía. Y cuando dicho metadiscurso hace uso de tal o cual relato, sea la dialéctica del espíritu, la hermenéutica del sentido u otra, solo entonces la ciencia recibe la caracterización de moderna. (Lyotard 1994: 9)

La idea de representación, que data de los filósofos griegos, referida a la capacidad del lenguaje de dar cuenta del orden del mundo y del pensamiento es acogida por la ciencia. Base teórica para una teoría de la verdad ubicándonos en un plano semántico del significado y la verdad.

Antes de eso se asumía un orden apriorístico del mundo, una conexión inmanente entre lenguaje y aquel. La modernidad pondría el resto: un sujeto universal de la representación en cuya subjetividad subyace el fundamento del conocimiento.

La realidad moderna es vista tal como se le representa, como la reconstruye el conocimiento, sobre todo el científico. La representación es dos cosas a la vez: el sujeto principal de la reflexión y el objeto a través del cual el mundo se devela.

Descartes fue el primero en quebrarle los huesos al pensamiento, tradicionalmente entendido y visto dentro de los dualismos de la filosofía medieval, y radicalizar determinadas posibilidades abiertas por la teología cristiana, pero eso solo sería la génesis del meollo moderno, pues así como él rompería con las ataduras del pasado, luego de él vendrían otros pensadores con sus respectivos modelos, tomando como punto de partida, en mayor o menor grado, el suyo.

A partir del siglo XIX, sin embargo, el estado de la cultura cambia considerablemente, afectando las reglas de juego de la literatura, de la ciencia y de las artes. Es allí donde la crisis de los relatos tiene lugar.

El saber, tal como se le conocía en la antigua Grecia, en la época medieval y durante el periodo de apogeo del movimiento escolástico, va a cambiar a la par que las sociedades entran en la edad postindustrial y las culturas en la postmodernidad.

Pero mucho se ha escrito y discutido referente ella y tal vez poca luz y más confusión se ha vertido en develar sus misterios. Tomemos como punto de partida algunas definiciones previas e inexcusables.

Para Carlos Rojas Osorio por ejemplo: “El posmodernismo nace tanto de una crítica a la modernidad como de un intento de entender ciertos hechos nuevos de la sociedad contemporánea. El posmodernismo identifica esos hechos nuevos en la informática, en la fascinación de la imagen, en el gran poder de los medios de comunicación (...)” (Rojas Osorio 2002: 15).

Uno de los ejes de la crítica posmoderna lo constituye aquella dirigida a los llamados metarrelatos, grandes relatos o relatos de poder. Y como tales debemos entender aquellos que caracterizaron a la sociedad moderna, es decir, sobre los cuales se replegaban los miembros de una sociedad al encontrar justificación y legitimación de sus aparatos sociales, económicos y políticos.

A su vez, el desarrollo galopante del conocimiento científico, a la par que los avances tecnológicos o, en el mejor de los casos, a la zaga de los que ellos dan lugar y el determinismo de los últimos en la sociedad actual, incluso sobre sus propios progenitores, es sin duda motivo de debate en el quehacer del pensamiento contemporáneo.

De ahí que el impacto de las transformaciones tecnológicas sobre el saber no sea nada despreciable. Contrariamente a lo que podría parecer tiene dos efectos fundamentales sobre las funciones del saber: la investigación y la transmisión de conocimientos.

Lo anterior debido a que, básicamente, todo discurso precisa el uso del lenguaje y éste resulta siendo el bastión, a través del cual, los saberes científicos se definen a sí mismos, se dan a conocer y enarbolan, en sus distintas vertientes, en la actualidad: “El saber científico es una clase de discurso. Pues se puede decir que desde hace cuarenta años las ciencias y las técnicas llamadas de punta se apoyan en el lenguaje” (Lyotard 1994: 14).

En lo referente a la transmisión de conocimientos podemos decir que al estandarizar, empequeñecer y comercializar los aparatos se alteran las operaciones de adquisición, categorización, posibilidad de disposición y de explotación de conocimientos.

A lo largo de esta transformación general el saber no puede menos que mutar hacia nuevas dinámicas de existencia. Así, su paso por nuevos canales y de esta manera devenir operativa implica ser traducida en cantidades de información. Los creadores del saber y sus consumidores deberán estar habilitados para llevar a dichos lenguajes lo que buscan. Pero de antemano existe un condicionamiento, a nivel lógico y de ciertas prescripciones, por parte de la informática, que se remiten a los enunciados considerados “de saber”.

El saber se exterioriza en relación al sabiente, la idea de que la adquisición del saber es inseparable de la formación del espíritu, se vuelve aún más obsoleta. El saber será producido para ser vendido y será consumido para ser valorado en una nueva producción, siempre para ser cambiado. Ya no es más un fin en sí mismo.

Hoy en día la tecnociencia, la subordinación masiva de los enunciados cognoscitivos al objetivo del mejor desempeño posible, esto es, al criterio técnico, es el ente dominante.

Cuando lo mecánico y lo industrial penetran, principalmente, en el campo reservado a las artes, introducen algo completamente distinto. La propuesta proveniente del conocimiento científico y de la economía capitalista propugnan su propio mandamiento sobre el cual fundan su planteamiento: no hay realidad si no es atestiguada por un consenso entre socios sobre conocimientos y compromisos.

Esto alcanza la política del experto y la del gerente de capital alejada de todo atisbo metafísico, religioso, político, que la mente creía atesorar. Hecho necesario para dar origen al nacimiento de la ciencia y el capitalismo: “Durante la modernidad se creía que la ciencia, la moral y la política obtendrían legitimación desde un gran relato emancipatorio o especulativo. La razón única iluminaría la verdad en un sistema armónico. La verdad, a su vez, estaría garantizada por la autonomía, la neutralidad y la independencia de los sujetos comprometidos con el hecho científico” (Díaz 2000: 22).

La cultura actual resquebraja dicha unidad sagrada, la técnica ha desplazado a los grandes relatos. Pero a diferencia de la era moderna, donde los mismos buscaban legitimarse de acuerdo a una legalidad universal, en la posmodernidad, la técnica lo hace a través de la eficiencia.

La ciencia se enfrenta a la tecnología, su heredera, no puede prescindir de ella para corroborar sus hipótesis y para desarrollarse. La investigación científica sucumbe ante los mecenas que invierten en investigación.

En ese orden de reflexión, aunque desde una vertiente más crítica que de defensa, una de las vapuleos feroces al movimiento posmoderno y a sus autores, es esa desazón y sensación de que todo lo anterior a él es criticable, en consecuencia la abolición de todos los parámetros anteriores que servían para tamizar los hechos dentro de la dualidad mundo y sujeto queda expedita para recibir su carta de defunción, la cual supone una validez extrema de absolutamente todo lo que acontece.

[...] Se trata de una manera de pensar fragmentaria y deliberadamente antisistemática, cuya consideración unitaria resulta poco menos que imposible. Uno de los planteamientos comunes consiste en la declaración del fin de la modernidad como consecuencia del agotamiento de la idea de totalidad [...] Para la posmodernidad, de acuerdo con sus propios supuestos, cualquier intento de lograr una comprensión de la modernidad – también de sus patologías – está condenado bajo la prohibición de ser una “metanarrativa” [...] Pero, paradójicamente, la crítica de la idea de totalidad no está ejercida al margen de las pretensiones de totalidad. (Innerarity 1990: 101-102)

Desde luego, cualquier modelo de pensamiento que aspire a reverberar cierto impacto social y que se precie de tal, supone ciertas cuotas de omnipresencia entre sus potenciales seguidores o adeptos para ser considerada dentro de esa categoría.

Y esto a pesar de los micro sistemas, micro historias, historias mínimas y demás reduccionismos que la posmodernidad acoge, estudia, ensalza y busca rescatar entre la barahúnda actual vivida.

Lo peculiar cobra relevancia para explicar los fenómenos y no solo lo general. Hecho que enriquece las disciplinas tradicionalmente considerada científicas e insufla de oxígeno y nuevos vientos democráticos a aquellas endebles a nivel epistemológico. Los límites entre las ciencias llamadas duras y blandas se estrechan.

Por su parte, los cánones a partir de los cuales se juzgaban una obra de arte han mutado hacia nuevos terrenos; cada vez más la idea de arte asociada a una elite y reservada a determinados espacios ha perdido fuerza en aras de una nueva propuesta más dúctil, más de inclusión que de exclusión; los sistemas rígidos de categorización de lo que es y no es arte se han visto resquebrajados. El resultado no podría ser otro que ir más allá de las antípodas de lo que fue arte, efecto que se consigue negando su propia antítesis y priorizando su camino puro de manifestaciones, de pulsaciones entrecortadas, de arrebatos sin concierto, más que su destino: “En efecto, ya no se puede reducir el arte sólo a las grandes obras

que generalmente se califican como culturales. Toda la vida cotidiana puede ser considerada como una obra de arte. Consecuencia por supuesto de la manifestación de la cultura, pero también porque todas las minúsculas situaciones y prácticas constituyen el humus sobre el que se erigen cultura y civilización” (Maffesoli 1994: 104-105).

En promedio y, a riesgo de generalizar el asunto, pero siendo realistas podemos afirmar que, en su mayor parte, las diversas sociedades del mundo buscan el mero entretenimiento. Y por tal no debemos entender sino ver televisión al final de la jornada diaria y terminar roncando luego de haber visto una película, el noticiero, la tanda publicitaria y segundos más, segundos menos de cualquier otro canal, todo en menos de sesenta minutos. Acudir masivamente al cine entre semana para deshacerse del stress, pero sobre todo abarrotar las películas cómicas e infantiles los fines de semana, nuevamente por puro divertimento. Las galerías de arte, paralelamente, casi vacías, silenciosas, desiertas, frías, aburridas. No podría ser de otra manera, pues su propósito es exactamente el opuesto al de los dos primeros ejemplos y debe ser así y así lo será siempre. Sin embargo, para aquellos televidentes y espectadores light, aquello que ven puede resultar y de hecho resulta, nuevamente nos aventuramos por un camino de retruécanos, arte puro en su máxima expresión. Naturalmente los parámetros bajo los cuales medirán lo visto o escuchado será el del me gusta o no me gusta o repetirán los comentarios ojeados de refilón en la portada de un diario u oído a algún comentarista televisivo, que al igual que ellos, muchas veces, ni siquiera son versados en la materia y mucho menos poseen nociones básicas de estética

y/o percepción visual, pero aún así podrán dar el calificativo de artístico y admirar como tal a toda la sarta de adefesios mostrados en los programas, conciertos masivos pop y películas rompe taquillas y todo esto, aún sin saberlo. En resumen: han devenido estetas sin serlo y sin saberlo o precisamente por eso.

Recordemos que la posmodernidad ha traído vientos democráticos exacerbados. Todo es válido. Cualquier opinión, comentario, producción, creación y manifestación. De lo cual se colige que, del mismo modo como todos son artistas, todos son, también, críticos especializados, pues estarían avalados por la ausencia de paradigmas, por la no existencia de sustento teórico. El aval no sería otro que la ausencia del mismo.

Pero paralelamente a estas dinámicas más o menos urbanas y cotidianas están los llamados puntos de fuga o ciegos. Y que no son otra cosa que aquellas manifestaciones que surgen de manera espontánea en el discurrir diario. Son las huellas dejadas por los que ni siquiera imaginan lo que crean a su paso, pero que una mirada más o menos aguzada puede notar; los destellos en la oscuridad, las sombras al anochecer y los ruidos en el silencio son fáciles de percibir, pero melodías en medio del tráfico, sombras al amanecer y silencios ensordecedores, aportan más de lo que parece, a esos juegos recurrentes de máscaras diáfanos llamados excepciones, puntos excluidos o, en su sentido más lato, sucesos inexplicables.

En 1977, durante una entrevista para la TVE conducida por Joaquín Soler, el escritor Julio Cortázar trae a colación una anécdota a propósito de su noción de lo fantástico.

Según comenta, su casa de París poseía una biblioteca que tenía un tablón en uno de sus lados y que a él le disgustaba, pues era muy feo, muy basto según sus propias palabras. Entonces empezó a fijar cosas, que iban desde tarjetas postales, reproducciones de cuadros, fotografías, dibujos, entre otros, sobre él. Todo esto a lo largo de un año de lo alto hacia lo bajo del tablón. Una noche mientras leía, hizo una pausa y miró el conjunto de cosas que pendían de las tachuelas. Sintió miedo. Lo que vio fue lo siguiente: la imagen superior, una de las mujeres de Klimt, se comunicaba directamente, a través de una línea que bajaba por la figura, con un programa de cine, seguía por una fotografía de una casa, se deslizaba por un prado y finalmente terminaba en una fotografía de Louis Armstrong, todo de manera ininterrumpida. Es decir, lo que Cortázar vio fue una línea sinuosa que iba desde el perfil del primer personaje, parte superior, hasta el brazo del saxofonista, parte inferior, sin que exista alguna interrupción entre todas las cosas que mediaban entre una figura y otra y que habían sido colocadas al azar durante trescientos sesenta y cinco días.

El escritor tomó como prueba fehaciente lo sucedido para explicar precisamente la imposibilidad de explicar racional y lógicamente algunos sucesos de nuestro avatar diario y más exactamente la noción de lo fantástico que él maneja y que, desde luego, distaba mucho de aquella definida por el diccionario, según la cual ésta se oponía a la definición de lo real, y era seguida a pie juntillas por el común de las gentes.

Para él, las nociones de lo real y lo fantástico convivían amalgamadas, sin que sean antagónicas, en la literatura y en su vida cotidiana de manera habitual. Sin embargo, para su entorno no era así, y de hecho la posición cortazariana era

vista como escandalosa, de ahí que fuera común, aún lo es, que a través de un argumento racional se reduzca lo fantástico a casualidad, coincidencia y excepción, pues amenazan el argumento lógico, de poder.

Vemos pues como, por un lado, se busca restarle valor a lo diferente, lo extraño, lo bizarro, lo que va a contracorriente de la norma, aduciendo que carece de validez precisamente desde el punto de vista de ésta y se busca categorizar esa serie de eventos, clasificarlos para así poder sujetarlos primero y luego dominarlos, y por otro se busca entronizar y perennizar las atalayas, el panóptico del poder desde los cuales identificar las tentativas de fuga y reducirlas, curiosamente, a meras anécdotas. Podemos decir entonces que el poder precisa de estas dinámicas para fortalecerse, las mismas les insuflan vitalidad y las reafirman en su condición de objetos de poder.

Para Lyotard lo posmoderno es comprender de acuerdo a la paradoja del futuro (post) anterior (modo). Por eso el posmodernismo no es fin del modernismo, sino su estado naciente y constante¹.

En efecto, el discurso posmoderno se encuentra imbricado a lo moderno, pero sin que eso signifique ser nada más que su antítesis. Se trata de la gama de posibilidades que surgen en el durante, las reverberaciones lingüísticas de *Funes*

¹ Es menester recordar que la labor de la modernidad, desde sus inicios, fue, objetivar el mundo a partir de la mirada subjetiva del hombre y, paulatinamente, sistematizar el conocimiento vía el orden apriorístico que él mismo imponía, es decir, la puesta en marcha de su labor científica sobre todo lo circundante. Luego, el orden impuesto por el conocimiento se funda en un caos preconcebido, detectado y amenazador, perpetrado por lo posmoderno, de ahí que el control y la sistematización cobre sentido y consecuentemente la aparición de un nuevo modelo, llamado moderno, que busque clasificar lo anterior.

el memorioso, el *Cuadrado negro* de Malévich, *La autopista del sur* de Julio Cortazar, *Las Señoritas de Avignon* de Picasso, los encuadres de Godard, los versos imposibles de Joaquín Sabina.

Al contrastar la razón moderna dominante, el lente posmoderno busca hacer notar lo esquivo, los equívocos de lo unívoco. Nuevas combinaciones alternas que buscan recuperar la valía de la duda frente al primero y su jerarquización impuesta sobre el discurrir inmanente de las sensibilidades.

Ya no se trata de ver, ni siquiera un bit, desde una perspectiva horizontal – vertical, de priorizar la llegada a la meta, de concebir al individuo como una unidad irrompible o de dar cabida a la racionalidad que imposibilita la posibilidad de movilidad. Sino de devenir efectos pasajeros, elipsis a medio camino, prolongación de las movilidades, buceo entre los intersticios que la norma escamotea, resultados más que constantes, movibles e intercambiables, en un camaleónico personaje, antaño uniforme, ahora sede de miles de Mr. Hydes y miles de Dr. Jekylls reflejados sobre múltiples espejos: “El eclecticismo es el grado cero de la cultura general contemporánea: oímos reggae, vemos un western, comemos una hamburguesa de McDonald’s a mediodía y un plato de cocina local por la noche, nos perfumamos en Tokio a la manera de Paris, nos vestimos al estilo retro en Hong Kong, el conocimiento es materia de concursos televisivos” (Lyotard 2004: 69).

Pareciera entonces que impera una estética de la fragmentación en lo que en pretérito se denominaba individuo. Conjugada o instalada sobre una *realidad* formada por espacios recortados y organizados de manera aleatoria. Yuxtaposición de telones de fondo y sensibilidades al paso, reformulación de pareceres que mueren a cada paso y que nacen como naipes que el tahúr enarbola para recordarnos que el mundo es un lugar extraño, extraviado de sí y en sí, pasajero ajeno de su propio tiempo.

Ante el poder impuesto por el rigor moderno, que se esfuerza en establecer divisiones para poder controlar mejor, los nuevos saberes han creado herramientas, técnicas, deslegitimadas por el primero, que les permitan operar con relativa libertad y naturalidad.

Ahí donde lo impensable y lo inexpresable sobrepasan los parámetros que podríamos llamar de normalidad o que para manifestarlos hay que lindar con lo que los doctos en salud mental denominarían absurdo, lo posmoderno se refocila a sus anchas: “El discurso consiste en una secuencia de elecciones por las cuales ciertas significaciones son elegidos y otros excluidos; esta elección es la contrapartida de un rasgo correspondiente del sistema, la coerción” (Ricoeur 1975: 97).

Así, ante las fronteras que el sistema de la lengua imperante provee, una serie de matices, de páramos floridos, ven la luz, y no precisamente de claroscuros como en el caso de los románticos, sino de grados a medio camino. Frente al rígido sistema moderno se improvisan rutas de escape, disecciones transversales.

En ese sentido, la comunicación oral misma es más una prisión que un solaz para repantigarse. Si se le piensa como aquella situación que demanda determinadas competencias en el manejo de códigos, reglas, pero además habilidades para interpretar gestos, guiños, ceños fruncidos, movimientos de mano, tics nerviosos y demás, que garanticen una interpretación apropiada de la información, se cae en la cuenta que resulta siendo una situación tensa en extremo, de cara a la cual debemos elaborar escapes improvisados, salidas de contingencia no programadas o sucumbir al silencio de quien nada sabe o poco sabe.

Espacio del devenir que eyecta a los sujetos a un descentramiento constante. Y comprobamos con Rubén Blades “como el que nada sabe conoce más que aquel que cree que sabe”. Hay que guarecerse con alguna coraza, improvisada también, a partir del propio devenir y las condiciones de la oralidad: “En estas circunstancias el ser humano ha de protegerse apropiadamente a sí mismo emitiendo mensajes que no puedan ser distorsionados. De manera característica, esto se logra despojando el mensaje de todo material metacomunicativo explícito o implícito” (Bateson 1991: 169).

Se trataría de estar a merced de la necesaria elaboración de mensajes inequívocos prestos y dispuestos a proveer de una respuesta satisfactoria a nuestro interlocutor, pero, al fin y al cabo, basados esencialmente en el carácter esquizofrenizante de la comunicación. En efecto, tener la réplica lista, el comentario acertado, la ausencia de silencio o el silencio necesario, bien pensado,

requieren, suponen, cuotas de tensión, grados de concentración, consumo de energía que el interlocutor las más de las veces no posee, pero que debe elaborar sobre la marcha o pretender que es así; tendrá que hacer uso, luego, de su inventiva, agilidad mental, ingenio para salir bien librado de una mera conversación cotidiana.

Y es así que el poder se sofoca de cara a posturas divergentes, intermedias, de resistencia al discurso configurado de manera binaria. Ergo, frente a los mestizajes y las mezclas que se multiplican *ad infinitum*, variados dispositivos de control tratarán de soterrar dicha oscilación; de recuperarlos y reterritorializarlos. La sociedad de control despliega sus brazos, acorde con un programa monótono, uniforme.

Y precisamente ahí la noción de antimestizaje tiene lugar. Entendida como el pensamiento dominante que se arroga el derecho de estar basado en los cánones que dictan y privilegian la pureza, el orden y el origen: “El antimestizaje es la exacerbación de las fronteras, del sentido de los límites (o de la limitación del sentido), distribuye lugares y emplazamientos y no permite que uno se desplace sin trasgresión” (Laplantine y Nouss 2007: 98).

Antinomia, luego, en su raíz a las de acontecimiento y devenir. Entendido el primero como aquello que se invita sin ser anunciado. Lo imprevisible y no incorporable en categorías conocidas de comprensión y de percepción: “El devenir es una fuerza contenida que no llega a ningún lado, una condición que no se estabiliza en un estado. No tiene una trayectoria, más bien depende de la deriva. Un elemento no deviene otro, el devenir actúa entre ambos, recoge sus trayectos,

sus proyectos, los arrastra, constituyendo “un bloque de devenir” que les concierne a ambos” (Ídem: 237).

Está anclado a un tiempo, pero no como la organización de una secuencia, sino como la narración de cohabitación de múltiples posibilidades, alteridades, que se comunican una a otra y que cambian en este proceso.

En lo que concierne a la lengua, el discurso no es más el lugar de los significados, pero de los significantes. El sentido literal se ve desplazado por una laxitud o elasticidad que los sentidos alternos evocan. Espacio flexible donde se aminoran los requisitos *sine qua non*. El soporte de la gran interpretación pierde validez.

Nociones como lo interno, lo externo, el individuo, el ambiente, la vigilia, el sueño, el recuerdo y la ilusión abandonan su carácter de categorías fijas y pasan a formar parte del conjunto de piezas movibles a nuestro antojo: “El lenguaje es capaz no solo de construir símbolos sumamente abstraídos de la experiencia cotidiana sino también de “recuperar” estos símbolos y presentarlos como elementos objetivamente reales en la vida cotidiana” (Ricoeur 1975: 59).

La modernidad, por su parte, continúa interrogando y clasificando al mundo; coleccionando indicadores para confirmar su hipótesis; ciñéndose al pie de la letra para confirmar sus leyes; situándose en los polos, en clave democrática o dictatorial. Las posmodernidades, en cambio, son el reflejo de su sombra, pues no interroga, ignora o regresa una variante de la pregunta o la distorsiona. Se centran en lo variante, no en lo fijo; suerte de anecdótico, imprevisto, escape que a paso distinto y por otras rutas se desplazan, al margen y a pesar de la historia oficial.

1.2 De la verdad

Ya hemos dicho que con Descartes se marca un antes y un después en la historia del pensamiento filosófico moderno. Y si seguimos en la misma línea de pensamiento delineada por él mismo, esto es, por quien pusiera los primeros cimientos para la fundación de la modernidad, arribaremos a una definición de verdad única, universal y anclada al sujeto de conocimiento cuyo vislumbramiento se da principalmente a través de una participación divina: “ (...) soy consciente que poseo cierta facultad de juzgar (o discernir la verdad del error), la cual sin lugar a dudas yo recibo de Dios, junto a cualquier otra cosa que es mía; y debido a que es imposible que él desee engañarme, es del mismo modo certero que él no me ha dado una facultad que alguna vez me conducirá al error, siempre y cuando yo la use correctamente” (Descartes 1912: 112)

La premisa de Descartes es la intervención divina como núcleo de todo el conocimiento, es decir, lo que permitirá discernir entre la verdad y el yerro. Para él no puede haber error en lo que juzga, pues lo que le permite emitir juicios verdaderos es precisamente la intervención divina y ésta no contempla la existencia de alguna facultad que lo conduzca al error. Sin embargo, Descartes deja abierta la posibilidad al final, pues queda implícito que de no ser utilizada dicha facultad de manera apropiada podría conducirlo al error, pero la responsabilidad recaería exclusivamente sobre él.

Del mismo modo como la divinidad es sempiterna e inmarcesible, la verdad también lo es y no podría ser de otra manera pues proviene directamente de ella y si acaso se da la posibilidad de error, será debido al mal uso de la facultad para juzgar la verdad por el sujeto, mas no a una instancia divina perversa ni a la verdad misma.

Vemos pues como la idea de la autoría total del yerro recae sobre el propio sujeto. Y en aras de salvaguardar la verdad Descartes hace uso de las propias habilidades del mismo. Si es solamente él quien puede dar pie al error, es solo él también quien puede evitarlo. De esta manera dios queda excluido de cualquier juicio errado pues al ser tal no podría ser de otra manera: "(...) porque yo definitivamente alcanzaré la verdad si solo fijo mi atención suficientemente en todas las cosas que yo concibo completamente, y separo éstas de aquellas que yo concibo más confusamente y difícil de comprender: ante las cuales en el futuro yo debiera dar diligente consideración" (Ídem: 119).

Luego, es menester que el sujeto preste especial atención a aquello que será materia de análisis, pero previamente cerner la razón para garantizar el arribo a ideas claras y distintas.

Asumir la postura cartesiana supone un dios y su consecuente verdad como anteriores al sujeto que duda, es decir, éste se asienta sobre aquellas. Hay pues un orden apriorístico de la verdad y de su origen.

Para Heidegger la verdad es concebida como aquello que permitiría suponerla, es decir, no es vista como algo exterior a nosotros o comparada en relación con otros aspectos a partir de lo cual sería supuesta:

La verdad la suponemos, “nosotros”, porque “nosotros”, siendo en la forma de ser del “ser ahí”, *somos* “en la verdad”. No la suponemos como algo “exterior” y “superior” a nosotros con lo que entremos en relación al lado de otros “valores”. No somos nosotros quienes suponemos “la verdad”, sino es *ella* quien hace ontológicamente que *seamos de tal manera* que “supongamos” algo. La verdad es quien *hace posible* toda “suposición”. (Heidegger 2007: 249)

La verdad, en ese sentido, prescinde de la comparación y de la proposición para ser, de hecho posibilita que nosotros podamos suponer algo, es desde ella misma que se lleva a cabo la suposición de la misma, es ahí que somos y creemos suponerla.

Nietzsche, en un texto perspicaz y corrosivo, muy a su estilo, se refiere a la verdad en los términos siguientes:

Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas, sino como metal. (Nietzsche 1994: 25)

Para el autor, el valor que tradicionalmente se le ha otorgado a la verdad, ha eclipsado. Todo el revestimiento del que hacía gala ha ido carcomiéndose, corroyéndose y dejando en evidencia su vulnerabilidad, lo dócil de su estructura en sí, el peso de su relevancia anclado al uso que de ellas se hace, a su tradición, más que a ellas mismas, y una vez resquebrajada ésta, ser partícipes de su propio resquebrajamiento.

Y aunque no enmarca su definición dentro de la posmodernidad, sí cabe, no obstante, referirse al impacto perpetrado sobre la noción de verdad, difundida y a su vez exacerbada a través de los medios masivos en la actualidad, pero además el efecto devastador y fulminante sobre los cimientos, antaño intocables e inmortales de la misma, reflejada a través de las disciplinas académicas más rigurosa.

Y a propósito de ello, y luego de los cataclismos que sufriera el pensamiento con la caída de los grandes relatos planteada por Lyotard en *La condición posmoderna*, la verdad se acerca más a una condición maleable e intercambiable, cuna o lugar de la opinión o doxa, significante y no significado. Esto es, la disolución de la verdad como ideal y la aparición del lugar donde la verdad de cada quien tiene lugar y ya no el fin en sí mismo o su aspecto teleológico.

De haber sido lo indivisible y único, la verdad ha pasado a ser el vehículo donde se gestan múltiples verdades, suerte de depósito para las verdades de cada uno.

En ese orden de reflexión, habrá que buscar la verdad en cada particularidad y alejarse de las generalizaciones y de ciertas constancias, bucear entre los escombros derruidos de su teleología y reconstruir, a partir de ahí, su genealogía.

Prestar atención a aquello que pasa desapercibido, la singularidad de los sucesos, hallarlos donde menos se espera, capturar su retorno y no su evolución.

Del mismo modo como es preciso ver, sentir y saber reconocer las sacudidas, las victorias, las derrotas, las intensidades, las debilidades de la historia, para volverla efectiva, así también habrá que buscar la verdad en cada particularidad y alejarse de las generalizaciones y de ciertas constancias: “Hay toda una tradición de la historia (teológica o racionalista) que tiende a disolver el suceso singular en una continuidad ideal al movimiento teleológico o encadenamiento natural” (Foucault 1980: 20).

Lo cierto es que las fuerzas presentes en la historia obedecen al azar y no a un destino o mecánica. Más se acercan a lo aleatorio y singular del suceso, que a las formas sucesivas de una intención primera y búsqueda de su consecuente resultado.

Es decir, se ubican en la orilla opuesta del despliegue metahistórico de los indefinidos teleológicos y las significaciones ideales, o lo que es lo mismo, lo genealógico.

La historia, teleológicamente dirigida, continúa Foucault busca reconstruir el origen, las raíces de nuestra identidad, el centro primero de donde provenimos.

Postura que supone un final, un fin que complete el estadio primero, circunscribiendo la historia en inicio y desenlace. Poniendo en riesgo las grietas, los claroscuros, en vez de priorizarlos y de allí emerger hacia el exterior; observar todo como continuo, juego de aceleraciones y variaciones; conatos y no desenlaces, atisbos y no determinaciones.

En cambio, la visión genealógica es lo opuesto a lo anterior:

Genealogía quiere decir a la vez valor de origen y origen de los valores. Genealogía se opone tanto al carácter absoluto de los valores como a su carácter relativo o utilitario. Genealogía significa el elemento diferencial de los valores de los que se desprende su propio valor. Genealogía quiere decir pues origen o nacimiento, pero también diferencia o distancia en el origen. Genealogía quiere decir nobleza y bajeza, nobleza y vileza, nobleza y decadencia en el origen (...) tal es el elemento propiamente genealógico o crítico. (Deleuze 1986: 9).

En efecto, una gradiente que oscilante va, no entre los polos inicio fin, pero a través de todas las variantes que dicha caracterización deja; allí donde las categorías son desbordadas, los significantes allanados y en sus entrañas el matiz, la variante, la alternativa, en una palabra: la crítica. Pues lo genealógico, como lo entendía Nietzsche, es erigirse contra un modelo monolítico de pensamiento, un modo de existencia activo, una manifestación de vitalismo.

La crítica nietzscheana cobra importancia precisamente porque sus aspiraciones desfallecen toda vez que la verdad aún busca imponerse como un modelo de pensamiento rígido e inflexible de larga data, a partir del cual tamizar todo lo circundante, a pesar de que en la práctica dicho paradigma resulte desbordado por los propios objetos de estudio y obligue, de esta manera, a replantear los análisis llevados a cabo desde una perspectiva tradicional de la verdad.

Baste mencionar que la idea resultante de un impulso nervioso y una imagen producida no es necesaria sino en tanto relación existente, con cierta constancia, a lo largo de ene años en él decurso de la humanidad. Resultado de lo cual se transmite y se reafirma como necesaria y única, más por su propia fuerza que la compela en ese sentido, que por su carácter de legitimidad.

Es decir, las llamadas verdades, resultado del paso de los años y el consecuente anquilosamiento, ocultan o ponen en evidencia el entramado y los mecanismos que subyacen a ellas. No se trata en absoluto de una plena libertad del hombre de buscar y hacer su propia verdad, sino de languidecer ante la fuerza gravitacional del pensamiento tradicional filosófico respecto a la verdad: el cordón umbilical indestructible, inmanente; la relación necesaria entre ésta y pensamiento: “Al establecer una relación de derecho entre el pensamiento y la verdad, al relacionar así la voluntad de un pensador puro a la verdad, la filosofía evita relacionar la verdad con una voluntad concreta que sería la suya, con un tipo de fuerzas, con una cualidad de la voluntad de poder” (Ídem., p. 134).

El filósofo de Röcken critica la verdad en sí, como ideal, se interroga sobre su significado como concepto, las fuerzas y voluntades que se arrogan tal derecho, y no que los hombres no amen la verdad, ni las falsas pretensiones de la verdad.

El concepto de verdad otorga el carácter de verídico a un mundo, y éste a su vez hace lo propio con el hombre. Es decir, la verdad supone un universo verdadero, cuyo centro, igualmente auténtico, es el hombre. De hecho, primero hay que crear un hombre verídico, para luego imaginar un mundo de la verdad y del ser.

Se asienta en todo ello la necesidad de erigir un hombre verdadero y consecuentemente un mundo en consonancia con el primero. En nombre no de lo que es el mundo, sino de lo que no es el mundo.

Crear en la "realidad" del "mundo exterior", con derecho o sin derecho, probar esta "realidad", satisfactoria o insatisfactoriamente, *presuponerla*, expresamente o no, semejantes intentos, que no son dueños de su propio terreno, "viendo a través" de él plenamente, presuponen un sujeto que empieza por *carecer de mundo* o no estar seguro del suyo y que por tanto necesita en el fondo asegurarse primero de uno (Heidegger 2007:226).

Suerte de idealización la que elabora el hombre del mundo para tener en qué asentarse, a partir de la propia, y todo lo que de ella surja, esto es, su mundo y su ser. Pues esa búsqueda de certeza respecto al mundo es ya un modo fundado de ser en el mundo y éste, agrega Heidegger, "resulta reducido desde un principio a un concebir, figurarse, estar cierto y creer".

Pues bien, en la actualidad, establecerse en el mundo supone comunicarse vía las nuevas y modernas tecnologías. La verdad estaría determinada por el uso y el desuso de las herramientas tecnológicas y los efectos que éstas producen en

los internautas y los posteriores afectos de éstos hacia las primeras surgidos a partir de su relación; la manera de pensar la noción de verdad y el hacer uso de ella se ven trastocadas, consecuentemente las pretensiones de sostener las verdades del discurso también: “En el caso de las tecnologías de la información y la comunicación las consecuencias afectan a los mismos modos de pensar, no limitándose a cambios externos en los soportes en que se fija lo pensado” (Pérez 2003: 81).

Somos partícipes, luego, de un cambio de mentalidad en el cual la verdad del registro audiovisual merced a los mecanismos tecnológicos novedosos es dominante.

Por eso es insuficiente señalar que el lenguaje es vehículo del pensamiento, pues el propio medio tecnológico al imponer sus propios supuestos incide en los contenidos mismos de lo pensado, demostrando así el ocaso del mero carácter instrumentalista del lenguaje.

La exacerbación de las posibilidades de simulación, lo virtual y la forma de producir conocimiento a partir de la informática, obligan a replantear las condiciones tanto del conocimiento de la verdad como de los criterios para considerar algo como tal, esto es, verdadero.

1.3 Ética y valores

Platón centraba lo ideal del hombre en la templanza cuyo seno era la razón. Lo moderado, lo constreñido a ella era sinónimo de bondad y, por tanto, el estado al que todos debían aspirar, lo anhelado: “Somos buenos cuando en nosotros impera la razón, y malos cuando estamos dominados por los deseos” (Taylor 1996: 131)

Dejarse arrastrar por las pasiones, por la fruición, era lo que debía evitarse. Los apetitos inconmensurables e imperecederos, como son los que gobiernan los deseos, arrastran al hombre a los senderos de la infelicidad, del caos.

Por el contrario, el pensamiento o razón provee al hombre de un autodomínio de sí mismo. Además, la persona regida por la razón goza de serenidad, mientras que aquella deseosa se halla constantemente en estado eufórico, presa de sus afanes de jamás satisfacer sus apetitos, pues el deseo se funda en lo insaciable.

La racionalidad platónica está imbricada a la idea del orden, de ahí que el orden de la realidad solo pueda ser correcto a través de los ojos de la razón; no hay posibilidad de yerro a través de éstos ni sobre lo moralmente bueno, ni sobre el orden de las cosas.

Para San Agustín la ruta a seguir es la que conduce al interior de nosotros; es necesario, en consecuencia, hacia allí dirigirnos; la verdad, para él, mora dentro del hombre y el paso hacia la interioridad es el paso hacia Dios, es decir, hacia la verdad.

Ya no se trata de enfocar los objetos con la razón, sino de conocer lo que cada uno lleva dentro de sí. Siempre teniendo a Dios como guía y motor de dicha actividad.

Todo lo que percibimos, la totalidad vista por el ojo, el soporte a nuestra capacidad cognitiva, resulta siendo Dios mismo y no los objetos, pues él no es solamente el objeto trascendental y, desde luego, tampoco el principio del orden de los objetos más cercanos.

La debilidad de la voluntad representaba la crisis central de la experiencia moral, y no solo un problema. En ese sentido, la perversidad de la voluntad se explica por una suerte de sometimiento de nuestra intuición, actuando por debajo de ella, evitando que sea más plena y pura, y no por una ausencia de intuición del bien: “Esa perversidad se describiría como la pulsión a ocupar el centro del mundo, a relacionar todo con nosotros mismos, a dominar y poseer las cosas que nos rodean” (Ídem., p. 154).

Esto supone una dependencia entre nosotros y nuestras obsesiones, un furor por lo sensible. Un sometimiento a nuestras pasiones, una dominación por parte de ellas al fin y al cabo.

El mal no radica en la reflexividad, más bien la autopresencia más plena de la reflexividad se da cuando ésta se entrega completamente para reconocer su dependencia de Dios.

De ahí que el elemento disipador de la perversidad de la voluntad y su consecuente rectificación, recaiga sobre la dependencia de Dios ante nosotros mismos en las raíces de nuestras fuerzas más íntimas. En la intimidad de nuestra presencia ante él.

Descartes, al igual que Platón, percibe la esencia de lo moral en la hegemonía de la razón sobre las pasiones. Sin embargo, agrega que de nada vale tener ideas en la cabeza que se correspondan con las cosas externas de no haber una certeza fundamentada en ellas.

La certeza surge luego de que la materia se presenta bajo el prisma de la evidencia, es decir, aquel resplandor bajo el cual la verdad es tan clara que deviene irrefutable.

La racionalidad cartesiana implica percibir la facultad del pensamiento como la capacidad que poseemos para elaborar órdenes acorde con los lineamientos exigidos por la certitud, esto es, los parámetros de la evidencia. Atrás queda la visión platónica del alma ordenada por el bien, cuyo centro mismo uno atiende y ama.

El modelo del dominio racional de Descartes plantea, entonces, un carácter instrumental de la razón. Por un lado, libera de la ilusión de mezclar la mente con la materia y, por otro lado, libera las pasiones y las doblaba de acuerdo a los designios de la razón.

De ahí que cuanto mayor sea el deseo y a su vez no logre hacer mella en lo que manda la razón, más fuerte será el control ejercido por éste sobre el primero, reforzando así el control instrumental del *cogito*: “La ética de Descartes, al igual que su epistemología, apela a la desvinculación del mundo y el cuerpo, y a la asunción de una postura instrumentalista respecto a ambas. Lo que empuja a desvincularnos, tanto especulativa como prácticamente, es la esencia de la razón” (Ídem., p. 171).

El conocimiento correcto no pasa por conocer correctamente el orden de las cosas ni de volverse hacia Dios con fe. Más bien es el elemento de autosuficiencia reflexivo el que predomina y domina, el pensamiento subjetivo anida la racionalidad, ésta ya no es la visión de la realidad y aunque hay cierta cuota de deidad en mi conocimiento del mundo externo, etapa necesaria del progreso hacia la ciencia, la prueba cartesiana no busca el encuentro interior ni la experiencia totalizadora en un ser supremo.

Con Freud sabemos que el marco legislativo y el poder coercitivo estatal son respuestas a la imposibilidad del hombre de poder soterrar sus impulsos connaturales a ellos. Las leyes solo existen porque el hombre es incapaz de autocontrolarse a sí mismo o, lo que es lo mismo, maniatar sus instintos.

Las revueltas no deben ser entendidas, en ese sentido, como fenómenos aislados o catástrofes, tal cual los medios se esfuerzan en querer hacer creer. Más bien se tratan de manifestaciones completamente comprensibles y racionales.

Al liberar al hombre de la interferencia directa de Dios, la modernidad lo obligó a concebirse como autosuficiente, a tener que valerse de su astucia y recursos propios. Para eso era necesario erigir la confianza en sus propias fuerzas, en la conducta de los demás y en las instituciones.

De hecho, una gran parte de la historia moderna se ha avocado a la edificación y mantención de dicho marco institucional, caracterizado por su solidez, estabilidad y permanencia, sobre la cual depositar las confiadas acciones de cada individuo.

Los sujetos deben confiar en el otro, es decir, tener la expectativa de que no quebrarán su compromiso de cumplimiento a la norma, sino en todas las ocasiones, por lo menos en la mayoría de casos o la mayor parte del tiempo.

Parafraseando a Zygmunt Bauman, la ética moderna se caracterizó por la búsqueda de un código de comportamiento a seguir por toda persona en su sano juicio y el ejercicio ético era vivir según los márgenes legislativos que el escenario social imponía, en aras de una reducción de la violencia que tenía como precio adaptarse a un tipo de violencia autorizada, escamoteada por la coerción funcional, teniendo como consecuencia principal apearse a la conformidad de las reglas y dejando de lado, en consecuencia, la responsabilidad del otro: “Los códigos se solían interpretar entre el yo moral y su responsabilidad. Detrás del código, la cara del Otro dejaba de ser claramente visible y demasiado a menudo el impulso moral se agotaba en el esfuerzo por conformarse al código, omitiendo la confrontación con la responsabilidad incondicional e inalienable del sujeto moral” (Bauman 2002: 130).

Más que un código interno que el hombre pudiese haber adquirido a lo largo de su evolución, se trataba de un elemento que lo liberaba de toda responsabilidad, compromiso e incluso culpa hacia cual fuere la acción y sus respectivas consecuencias que perpetrase sobre los demás, empañando el cuestionamiento moral propio del sujeto, en nombre de un código ético y sin tomar en cuenta al otro.

En otras palabras, el código revestía al sujeto con una coraza tal que impedía que cualquier atisbo de responsabilidad llegara a él, pues se interponía entre el yo moral y su responsabilidad.

Es evidente que dichos códigos han sufrido un deterioro, producido por su conjugación con otros cambios suscitados que van desde el carácter episódico de la vida, el paso del compromiso al deslinde de responsabilidades, la especialización, la búsqueda de seguridad en las alternativas varias y momentáneas, la profesionalización y el acortamiento virtual de la mendicidad a partir de las nuevas tecnologías, suerte de paliativo moral por la cercanía ejercida.

En Lima, un programa llamado Vidas extremas se esmera y vanagloria de mostrar la miseria de los sectores más populares de la capital. Esto no tendría nada de extraño si es que no se conjugase con la aparición de actores, conductores de televisión y futbolistas que padecen penurias al pasar un fin de semana con los susodichos. Luego se emite el reportaje en televisión y se invita a los personajes en cuestión. Casi siempre hay lágrimas y emoción. El programa va los sábados a las 9 de la noche y su propósito no es otro que conmover a la audiencia, tal vez hacerlos sentir menos culpables al vivir de espaldas a la miseria

y limpiar de la indiferencia a los participantes, casi siempre pudientes y enfrascados en un estilo de vida derrochador.

Por su parte, el estilo panóptico, ejercido a través de la disciplina y el castigo, para llevar a buen puerto el proceso de gobierno, observado y vaticinado por Jeremy Bentham, resultaba poco conveniente pues restringía el campo de acción de quienes ostentaban el poder, al limitarlos a los parámetros, demasiado rígidos, que ellos mismos establecían. Era, además, no solo demasiado costoso, sino también engorroso y conflictivo.

De cara a tal modelo, en consecuencia, era necesario plantear una alternativa que minimizara o eliminara las dificultades que aquel planteaba; que diera mayor libertad al campo de acción de los controladores en la manipulación de las variantes de comportamiento para preservar el tan ansiado orden social.

Dicha variante, puesta en práctica por la moderna sociedad líquida de consumidores, consiste en que las personas traduzcan obligación de elegir como libertad de opción. En cuyo caso no genera disconformidad o disputa, sino al contrario; el acogimiento del mensaje: hacer todo lo necesario para satisfacer los deseos va en consonancia con lo que los consumidores quieren, esto es, saciar sus deseos, con lo cual tampoco se vulnera al otro, a los demás y tampoco la antigua antagónica dualidad entre principio de realidad y placer, precisamente porque cumplir la primera supone llevar a cabo la segunda.

No cabe más hablar de límites que cada cual debe internalizar en base a un mecanismo que dicta lo que es correcto, y por tanto lo que se debe hacer. Más bien la responsabilidad recae exclusivamente sobre cada consumidor en particular.

La industria del consumo o, más precisamente, el mercado de bienes y servicios es el ente promotor y regulador de los valores en la sociedad actual. Órgano soberano y que a fin de cuentas determina y dicta la labor a realizar por el Estado. Es decir, el Estado ha sido socavado en su soberanía, despojado de su capacidad de decisión y ha pasado de ser ente poseedor de prerrogativas a mero ejecutor del capricho del mercado.

Éste decide quiénes ingresan y quiénes quedan fuera, otorga a los primeros la categoría de consumidores a carta cabal y a los segundos la de meros consumidores fallidos. El rótulo a llevar dependerá del poder adquisitivo que, por supuesto, debe ser abundante; la vocación por estar adelante con las últimas tendencias y en ese sentido renovar constantemente el closet agrega puntos a favor, y a fin de cuentas garantiza el reconocimiento y la inclusión social. Pero ser fallido equivale a ser un cero, una nulidad condenada al exilio eterno de los que nada valen y nada tienen que ofrecer.

En vísperas de navidad los paraderos están poblados con el siguiente mensaje: Solo hoy. Sonríe. Día mágico. 50 % en miles de productos. En realidad anuncios de este tipo pululan durante todo el año la capital y no solo durante temporadas pico, tipo fiestas patrias o semana santa. Lo curioso es la interpelación hacia el potencial consumidor, la trampa hecha oportunidad. Hay que

sonreír pues solo hoy los productos están rebajados a la mitad del precio habitual. Luego, hay que aprovechar la oportunidad, pues mañana no estará más, sin embargo el hoy es visto como una cuestión atemporal, constante, independiente del ayer y el mañana, del pasado y el futuro vistos y entendidos tradicionalmente. En efecto, la oferta bien podría estar más de un día, cronológicamente entendido, y de hecho siempre es así. El círculo se cierra con el popularísimo “Adelanto de Temporada”, el tiempo se maneja al antojo del consumidor y se diluye cuando él decide sucumbir a la tentación de acortar distancias entre un evento y otro, al yuxtaponer lo futuro con lo mediato, pero ya hecho caducos, ambos, ante sus ojos.

Es en ese contexto actual que la sociedad busca familiarizar a los niños con materiales y medios de comunicación referidos al comercio, como parte de su formación en valores en la vida contemporánea.

En lo últimos años la emergencia de publicidad y productos dirigidos a niños ha sido realmente abrumadora. Es de resaltar, por ejemplo, la incorporación de payasos y juguetes incluidos en los combos u ofertas de comida, y hasta circuitos de juego, dentro de sus instalaciones, por parte de algunos restaurantes de comida rápida.

Desde zapatillas, marcas y modelos hasta herramientas tecnológicas, ipods, laptops y play stations, pasando por tipos de música, supermercados y estilos de vida.

La idea va sin ambages, para ser consumidor hay que ser, sobre todo y primero, producto. Los valores se inclinan hacia la aceptación del estilo de cada uno, de ellos mismos, basado en la conformidad con la tendencia de la moda del momento.

Recordemos que la moda es tal porque se renueva constantemente, se desecha con facilidad. Pues bien, adquirir cierto nivel moral implica un carácter de durabilidad que otorgue permanencia y, desde luego, responsabilidad.

En ese orden de reflexión, la ética posmoderna se inclina a la volatilidad de la tabla de valores, al prestigio de la capacidad de entrar al juego inmediato y nunca prolongado del mercado, al desembarazo de las responsabilidades con destreza y mantenerse actualizado con los nuevos cambios y asegurarse así un cupo, la posibilidad de ganar y nunca perder.

La tecnología resulta siendo el baluarte sobre el que se erige el yo moral posmoderno. Por un lado, la tecnología *per se* avanza galopante hacia adelante, nunca hacia atrás, el proverbio tecnológico reza a la letra: si algo hay por hacer debe hacerse, los medios justifican el fin y no viceversa, cualquiera fuera el que aquellos produzcan. Más importante que lo que se pueda hacer es demostrar que, en efecto, se puede realizar. Y por otro lado, la respuesta tecnológica es siempre la mejor alternativa ante los propios desastres ocasionados por ella misma, por la propia ciencia: “Es este exceso lo que condena a la ignominia y, en su última instancia, al “basurero de la historia” al pasado y a sus secuelas, la tradición” (Bauman 2004: 126).

El mundo construido por la tecnología cede al libre derecho de llevarse por que las cosas sucedan y no así por el de las metas. En la medida que haya algo por hacer nada ni nadie podrá impedir su libre desenvolvimiento, eso lo reviste de flexibilidad, vulnerabilidad, fluidez, lo vuelve lugar fértil de oportunidades e invencible ante posibles fijaciones.

A su vez fragmenta y analiza todo lo existente, lo creado por ella, y posteriormente lo sintetiza y reconfigura y de resultas solo quedan grupos de fragmentos. La vida misma y la experiencia quedan reducidas a una sucesión de problemas y el yo en una serie de facetas generadoras de problemas. El sujeto no actúa más como una totalidad, ni sobre el otro ni sobre el mundo, sino como mero portador de la problemática que define su vida.

1.4 Comunicación y sociedad

El hombre, por su propia naturaleza, es un centro de espontaneidad que se introduce en el mundo y produce cambios en él, pero a la vez es receptor pasivo de sucesos ajenos a su dominio, que se dan con independencia de su participación, las mismas que cumplen una función relevante en la esfera social.

Ahora bien, las relaciones sociales suponen una serie de significatividades que difieren por parte de un sujeto y de otro. Es decir, aquellas que no son compartidas por ambos. Pero, desde luego, las hay que involucran tanto al primero como al segundo. Todo esto hace la existencia de zonas más o menos compartidas y no compartidas en absoluto.

En la medida en que uno se mantenga en una situación más anónima y por lo tanto menos discernible para el otro dentro del cosmos social, las zonas de significación intrínseca compartida serán menores y mayores las zonas de significación impuestas.

Y es precisamente la civilización moderna la que privilegia la exacerbación de la anonimidad recíproca de los participantes. Las relaciones entre copartícipes individuales ubicados dentro un alcance inmediato están determinadas, exigentemente, por un lugar estable socialmente hablando.

El ambiente social es de uno y de todos y está en un lado y en todos lados. La manipulación tiene lugar amparada por el anonimato: "Cada vez somos menos dueños de determinar por nosotros mismos lo que es y lo que no es significativo para nosotros. Nos vemos obligados a tomar en cuenta, tal como son, las significatividades impuestas política, económica y socialmente que están fuera de nuestro control" (Schütz 1974: 128).

Dadas esas circunstancias Schütz plantea una posible caracterización de los tres tipos ideales de conocimiento: el del hombre común, el del experto y el del ciudadano bien informado.

El hombre común vive sin complicaciones, inmerso en las significatividades intrínsecas propias y de su grupo. Las significatividades impuestas son parte natural de la situación a definir. Como tales, no hay uso en comprender sus orígenes o estructuras. De ahí que su formación de opinión esté gobernada en gran medida por el sentimiento y no por la información.

El experto se halla únicamente dentro del sistema de significatividades impuestas por los problemas preestablecidos en su dominio. Su actuación y pensamiento se hallan determinados y limitados por las significatividades impuestas de aquel; condenación al ostracismo auto-impuesto al considerar al sistema de problemas establecidos en su dominio como el único.

El ciudadano bien informado se caracteriza por dejar abierta una gama infinita de posibles marcos de referencia. No hay para él ni fines preestablecidos ni fijos, elegirá el que empate mejor con sus intereses. Siempre dejando abierta la posibilidad de ser testigo del paso de un mismo hecho que hoy carece de significatividad, a algo cuyas características, mañana más tarde, evidencien cuotas de significatividad mayores.

Hay, en efecto, una comunicación inmanente en toda sociedad, un presupuesto, una dinámica vaporosa, detrás de toda comunicación. Un sentir ilegible, pero tangible entre líneas, que se remonta a nuestra infancia y al sentirse afectado por la mirada de los otros hombres, y que se manifiesta, sin que nos demos cuenta de ello, en nuestra actitud, gestos, en el nuevo curso de nuestras ideas, la sobre excitación de nuestras palabras, en nuestros juicios, en nuestros actos: “La formación de un público supone en consecuencia una evolución mental y social más avanzada que la formación de una gran multitud de personas” (Tarde 1910: 6).

Ese grado de sugestibilidad ideal, de sublimación de la comunicación sin contacto, de espiritualización de una *foule*, solo ha podido nacer luego de siglos de vida social elemental, agreste.

Cabe resaltar la distinción entre *foule* y *public* hecha por Gabriel Tarde. Lo primero entendido simplemente como una gran multitud de personas y lo segundo como aquello que concierne a todas las personas. No es lo mismo referirse a una *foule* que a un *public*; en la segunda concepción subyace la idea de cierta preponderancia social, aquello que se impone, pero sin límites en los grupos sociales, se trata de una visión más totalizadora; mientras que en la primera solo se refiere a un grupo cualquiera, una muchedumbre, de ahí su importancia.

Y aunque en un principio el contacto físico era condición necesaria para llevar a buen puerto toda comunicación, en la sociedad civilizada de corrientes de opinión no lo es más. Cada vez menos los hombres necesitan el contacto físico para intercambiar mensajes, para estar en contacto; la mediación entre uno y otro está garantizada por los nuevos soportes tecnológicos, por la confianza depositada en ellos.

Pero entre el estadio de la comunicación oral ligada al contacto físico y la modernidad, en ese tránsito de una etapa a otra, media y se gesta una suerte de sugestionamiento mutuo entre los hombres, que se potenciará con la llegada de los medios masivos, una confianza basada en que los otros hacen lo mismo que yo y por lo tanto el estado de cosas es tal y no de otra manera.

El decurso social ya no está entronizado en la plaza pública, en el orador de barrio, especie casi en extinción, sino en una suerte de acuerdo tácito; los sujetos se encuentran diseminados en espacios distantes y dispersos, y sin embargo todos comparten algo en común: leen el mismo diario. Pero su vínculo va más allá,

están unidos por la confianza de saber que son partícipes de una misma pasión, acción compartida que los lleva a influenciarse por la masa ausente y no solamente por el periodista que permanece desconocido.

La curiosidad de leer diarios se funda en lo común de la acción, al hecho de que dicho comportamiento sea compartido por una vastedad de personas. Por eso un diario de ayer o de antes de ayer se puede comparar a uno del día, como un discurso leído en casa se compara a un discurso escuchado entre una inmensa mayoría.

La noción de actualidad es una de las características más claras de la vida civilizada y, desde luego, los diarios necesitan explotar una noción de actualidad muy particular. Para ellos lo actual no se limita a lo que viene de tener lugar, sino a aquello que, por diversos motivos de diversa índole, suscita un interés general, aunque de un hecho pasado se trate.

En ese orden de reflexión es actual todo lo que está a la moda, sin embargo carece de actualidad lo que es reciente, pero dejado de lado actualmente por un viraje de la atención pública, más concretamente orientada hacia otro lugar.

Luego, el progreso de la pasión por la actualidad es concomitante a la sociabilidad y ella misma una de sus manifestaciones más impresionantes.

La foule es siempre más paciente o más impaciente que el individuo. A diferencia de las reacciones que pueden surgir en éste, en la primera surgen lazos de imitación de sentimientos entre individuos semejantes, basados en causas psicológicas. Una masa tolerante contagiará tal sentimiento a los demás, pero si

alguien se torna impaciente poco a poco será imitado y, en consecuencia, la impaciencia será redoblada por los otros.

Hay un componente de grupo que abraza al individuo, diluyendo lo particular en general, haciendo de lo grupal denominador común. La suma de individuos, pero en tanto tendencias compartidas, esto es, la sublevación de pasiones bien definidas o que endebles aún se tornan férreas al saberse respaldadas por el grupo.

En el relato *Las Ménades* de Julio Cortazar, una masa de melómanos acude al teatro para gozar de un espectáculo de música clásica. Con excepción del que cuenta la historia, todo aquel que con él se cruza alaba el programa y las bondades del director en lo que a piezas clásicas y dirección se refiere. Sentimiento que irá en aumento a medida que pasan las horas y que el concierto se aproxima a su fin. Así, de manera paulatina, el gentío abandona sus butacas para aproximarse al escenario y ensalzar a los músicos y al director, liderados por una mujer vestida de rojo que da inicio al festín. Los admiradores se apoderan de los instrumentos, impiden la salida a los músicos y los golpean de ser necesario. Dan rienda suelta a su fervor, a su tributo, a su deseo. Hacia el final del relato, la mujer que dio inicio a todo, sale presurosa del recinto. Acomodándose el vestido y el cabello, se pasa la lengua entre sus labios.

Piénsese en una gran multitud de personas atentas ubicada alrededor de un predicador, de un profesor, de una tribuna o frente a un escenario cuyo centro alberga un drama. Su atención o distracción será siempre más fuerte y más perseverante que la de cada individuo a solas.

En el caso de una masa fascinada por un espectáculo o un discurso, solamente un pequeño número de espectadores comprende realmente, muchos no ven o no escuchan más que una parte o casi nada en comparación con los otros. Y sin embargo quedan satisfechos. Tanto así que llegan a casa y cuentan lo sucedido, como si ellos hubiesen sido los testigos, cuando en realidad lo acontecido les llegó vía los ojos y los oídos de los demás. Y aún si les dijéramos que un habitante de tal ciudad ha leído la información del suceso en el diario y que, ergo, se encuentra en condiciones de más espectador que ellos mismos, ellos están convencidos de lo contrario. *La foule*, sobre todo en estos casos, atrae y admira a *la foule*. Es dominante y espectáculo para ella misma.

Del mismo modo como en la actualidad los navegantes de la web y de las nuevas comunidades cibernéticas precisan verse, comentar blogs, twitter, facebook y demás para recién ser. Como si la existencia estuviera anclada al hecho de dejarse ver en la pantalla y ya no en la mirada del otro. Por un lado suerte de legitimación que otorga la masa y, por otro, ser visto y existir a través de ella.

Ahí también es depositada la confianza de saber que no se encuentran solos, que a su vez miles y millones de individuos se encuentran al otro lado del ordenador haciendo lo mismo y deseando lo mismo: hacer eco de su voz en comunidades divididas por intereses diversos y dispares.

1.5 Los medios masivos

Los sujetos cobran forma a partir de las prácticas sociales y de los discursos correspondientes a su tiempo histórico. Éstos andan diseminados por la sociedad reflejando las primeras y facilitando su formación.

Hoy, las prácticas, en manos de las nuevas tecnologías, y los discursos, legado de prácticas obsoletas, colisionan y dan origen a una fragmentación en la constitución de los sujetos y de su identificación.

Los valores que antes estaban en manos de las redes de poder, estrategias políticas, religiosas, jurídicas, pedagógicas y demás, descansan en los medios masivos y requieren de ellos: “En la constitución de los sujetos contemporáneos, los medios inciden en los modos de vida. Desde ellos se instauran valores y se establecen realidades” (Díaz 2000: 107).

Para que algo sea debe registrarse, debe pasar la prueba, el filtro de los medios. Luego de lo cual se le juzgará relevante, merecedor de atención social.

Por eso, el sujeto concebido y difundido en la actualidad por los discursos mediáticos no es en modo alguno el moderno ni mucho menos el antiguo del que hablan las enciclopedias, las grandes historias o los autores renombrados.

La idea posmoderna va más acorde con un sujeto fractal que uno fijo, uniforme, controlado y homogéneo. Como tal no desea más que asemejarse en cada una de sus fracciones. Caduca ya la idea del narciso tradicional, ahora sueña con una reproducción genética hacia el infinito. No cabe la diferencia entre uno y

otro, sino entre uno mismo y su multiplicidad de clones virtuales: “Pendiente de las redes nace el desafecto de los demás, de sí, contemporáneo a la forma desértica del espacio generado por la velocidad, de aquella de lo social generado por la comunicación y por la información, de aquella del cuerpo generado por sus innumerables prótesis” (Baudrillard 1990: 28).

Lo que antaño le pertenecía al ser humano, vale decir, los elementos de su cuerpo biológico, muscular, animal, han devenido prótesis merced a la electrónica y la cibernética. Así, a fuerza de representar el cerebro electrónicamente, éste se transforma en tal, esto es, una representación de lo sido, de lo que ya no es.

Son las prótesis las que cobran vida e independencia, las que han recibido vitalidad a partir de una extroversión de sus propias tecnologías, dando origen a un hombre exorbitado, excéntrico. Lo que fue en un inicio una universalización del hombre a través de sus extensiones mediatizadoras, es el conjunto de su cuerpo flotante no ya alrededor de él en un orden concéntrico, sino excéntrico.

Una imagen porno es una exaltación del detalle, de la precisión, de la técnica, como lo hace un microscopio durante una operación biológica o química. El deseo se realiza sobre la imagen y no sobre el cuerpo, tal vez porque no podemos hacerlo sino a través de ella.

Precisamos lo externo para estar en lo interno, el cuerpo. Él ha devenido un escenario en el cual insertarse, al igual que el *word processor* es una emulación del funcionamiento del cerebro, accedemos a éste a través de aquel.

Todas las ideas, nuestro pensamiento, el quehacer y el deshacer, se encuentra en potencia de ser, en estado virtual, pero los nuevos soportes al exteriorizarlos no solo los vuelve perceptibles a los sentidos, sino también hiperposibles, hiperreales, al alcance de la mano, hiperrealizables, casi realizados.

Una cámara fotográfica indica al fotógrafo los límites, el segundo solo puede hacer lo que la primera le permite; su labor se constriñe a operar todas las posibles virtualidades. Asunto aparte es el uso subjetivo de la fotografía, de la cual se colige el sujeto actúa equipado de una visión estética y reflexiva de mundo: “En el espejo, es el sujeto el que juega su real y su imaginario. En el objetivo, y en todas las pantallas en general, y con la ayuda de todas las técnicas “mass-mediáticas”, es el mundo el que se hace virtual, es el objeto el que se libera “en potencia” y el que se da en espectáculo” (Ídem.,: 33).

Hay un desplazamiento de toda presencia real, las presencias se desvanecen, las palabras también. El contacto cobra sentido nada más que para reforzar la relación, en palabras de Jean Baudrillard, *comunicación-pantalla cerebro-visual*.

El debilitamiento del sujeto también viene por el lado del dominio telemático sobre las identidades reflejado en la masificación de las redes. La versatilidad de personajes y roles que puede asumir una misma persona, por ejemplo, en el uso del correo electrónico o los *chat rooms* dan prueba de ello: “Comparadas con la realidad de la vida cotidiana, otras realidades aparecen como zonas limitadas de

significado, enclavadas dentro de la suprema realidad caracterizada por significados y modos de experiencia circunscritos. Podría decirse que la suprema realidad las envuelve por todos lados, y la conciencia regresa a ella siempre como si volviera de un paseo” (Berger y Luckmann 2001: 43).

Sin embargo, a esta definición moderna se opone la vasta creación de mundos virtuales, no reales, capaces de hacer cuños en la realidad misma. La percepción no es más el espejo a través del cual se refleja la realidad. De hecho, la tecnología es una nueva variable a considerar, mediador entre la experiencia y aquella.

La búsqueda del tiempo perdido, del pasado histórico a manera de relato fijado en un pasado nostálgico pero sin definición en el tiempo que permanece más allá de su alcance se refleja en diversas manifestaciones artísticas contemporáneas².

Se retoman los elementos sobresalientes de las vanguardias artísticas, desaparece el horizonte de universalidad de una razón que abarca el arte, la ética y la ciencia como ideal. Todo intento de realización idílica se ha esfumado.

² Cada vez más, la programación de señal abierta incluye programas de televisión ya emitidos, cuando no segmentos, como parte de los mismos programas, que remiten a programas pasados. A la una de la mañana, los noctámbulos pueden disfrutar de Los Perez – Gil, y luego, a las tres, Risas y Salsa, vía Panamericana Televisión. Por su parte, ATV, difunde Diez, programa conducido por Aramo Perez Luna, conocido periodista de espectáculos, en el cual da a conocer un ranking de temas diversos. Así, los temas van desde lo mejor del rock peruano de los ochentas, pasando por los actores cómicos más recordados, los partidos más recordados de la selección peruana, los personajes de la tv peruana que nunca olvidaremos, hasta las mejores canciones de Pedro Suarez Vertiz (nótese lo tautológico de los títulos), entre otros.

La nueva arquitectura se erige no como grandes propuestas teóricas o arquetipos, sino como técnicas ligadas al momento de su creación; materiales a mano y circunstancias que envuelven el momento de la creación determinarán la obra, ya no al servicio de la racionalidad, pero de la pura espontaneidad.

Lo lúdico vía la informática equipara casi todas las acciones del hombre en sociedad, las barreras físicas se han diluido merced a la velocidad de las imágenes. Así, el hiperespacio posmoderno va más allá del cuerpo humano y, por tanto, reorganiza sus percepciones.

El texto posmoderno es un proceso copioso de significantes que se resiste a la significación. De lo que resulta un hombre igualmente enmarañado de pulsiones o motivos, no fijos, sino movibles, por definir.

Ese devenir se desliza en un espacio fragmentado cuyo tiempo oscilante se extiende y se contrae: "Si el tiempo es la imagen móvil que se articula con el espacio, la relatividad del tiempo adquiere junto a la relatividad del espacio uno de los significados compartidos por la sociedad en la posmodernidad" (Lagorio 1998: 79).

Piéñese en el video- arte, manifestación a mitad de camino entre el cine y los ordenadores, enunciador de un híbrido mitad objeto mitad imagen. A partir de algo simulado, el artista nos eyecta a un universo entre lo imaginario y lo real. A diferencia del tiempo cinematográfico donde el espectador se engarza con relativa facilidad, el tiempo del video demanda un tipo de atención diferente del espectador.

El tiempo se colige del movimiento, es éste que evoca al primero. De ahí que la crítica se encuentre en problemas para clasificarla, para acercarse a él.

Prácticas digitales independientes que sujetan a un sujeto sin cuerpo, en su pura discursividad y con los dispositivos que el discurso le impone.

CAPÍTULO II

LOS MEDIOS EN UN MUNDO POSMODERNO

El presente capítulo tiene como objetivo explicar el rol que juegan los medios masivos dentro del contexto posmoderno contemporáneo. Así, nociones como las de realidad, real, periodismo y noticia, son deconstruidas interdisciplinariamente y tamizadas desde una perspectiva filosófica, para así arribar a una mejor comprensión de las mismas, a definiciones, cuando no nociones, más dúctiles, de las mismas.

El telón de fondo, luego, resulta siendo no otro que el del discurso de los medios de comunicación: prensa, televisión e internet y el entramado de relaciones imbricadas entre ellas, cómo se yuxtaponen, se destruyen y vuelven a nacer, para eliminarse otra vez.

El eclecticismo vertido a través de las citas le da un carácter ensayístico al segundo capítulo.

2.1 La realidad y lo real en los medios de comunicación

Somos lenguaje muy a pesar nuestro. Nuestra vida está determinada en gran parte, sino toda, por el lenguaje. Cada acto nuestro, cada palabra, cada gesto, cada pensamiento estaría enmarcado dentro del logos del sistema lingüístico. Y tal vez por eso el prestigio de lo escrito sobre la imagen.

Recordemos la famosa tradición titulada *Carta Canta* (1518) de Don Ricardo Palma. En ella el mismo autor refiere que: “La sencilla ignorancia de los indios atribuía a la escritura un prestigio diabólico y maravilloso. Creían, no que las letras eran signos convencionales, sino espíritus, que no sólo funcionaban como mensajeros, sino también como atalayas o espías” (Palma 2001: 102).

Desde luego, sabemos que el lenguaje es una construcción, una representación del mundo. Y si el arquetipo fuera la esencia de la cosa como creía Cratilo y que refiere Borges en su poema *El Golem*, luego cabría considerar la realidad que el periodismo difunde tal cual ellos quieren que los lectores las digieran.

Más general y, por decirlo así, natural es otra confusión que consiste en pensar que el sistema temporal de una lengua reproduce la naturaleza del tiempo “objetivo”: así de intensa es la propensión a ver en la lengua el calco de la realidad. Las lenguas no nos ofrecen más que construcciones de lo real, y quizá sea precisamente en la manera de elaborar un sistema temporal complejo donde más diverjan. (Benveniste 1977: 72).

Pero hay quienes creen a pie juntillas en las tipografías diseminadas en el mundo a través de diversos soportes. Habría que reconsiderarlo, replantear su validez, su capacidad de representación, su rigor: “Nada es más arbitrario a la vez ni más racional que la lengua. Con excepción de algunas onomatopeyas sugeridas por el sonido, no hay en general vínculo alguno natural entre las articulaciones de palabras y sus significados, y todo diccionario no es más que un legajo de extrañezas” (Tarde 1904: 236).

En efecto, nadie espera o cree que luego de leer un diario estemos en capacidad de aprehender lo real. Pero la pretensión del periodismo, tal vez sin proponérselo, es tal que reemplaza al continuo de hechos sidos. El pretérito y la forma condicional anclados a un supuesto presente de por sí inaprensible, pero travestido no como copia de lo real, o como versión de la realidad, sino como la realidad objetiva, el noúmeno kantiano.

Con la aparición de la cultura mass mediática lo percibido estará determinado por ejes distintos. La pantalla ya no imitaría al mundo, pero la gente se buscaría en ella. Lo que tal vez hizo presagiar cómo la televisión, de ser remedo, simulacro, reflejo o apoyo de lo real, pasaría a ser paradigma de la experiencia, creador y orientador de corriente de opinión. En suma, herramienta de captura de la verdad.

Cabe entonces hablar de un desapego de lo real y una adhesión, más bien, a los efectos de la realidad. O tal vez a la adición de la realidad sobre lo real: “En consecuencia, la realidad actúa en función de la televisión e incluso procura parecerse a ella” (Hevia 2002: 28).

Toda las posibilidades que el periodismo³ despliega a lo largo de su día a día, todo ese conjunto de hiperrealidad, desplaza lo real a un segundo plano. Socava la temporalidad en tanto trae el pasado al ahora, el instante buscaría eternizarse hasta el día siguiente. Momento en que una nueva noticia destruya a la de ayer.

³ Cabe resaltar que donde difieren más el periodismo moderno y el posmoderno no sea tanto en la prensa tradicional, esto es, las versiones impresas de los diarios, como en sus respectivas versiones digitales y, desde luego, la prensa televisiva.

A propósito de los efectos del periodismo, de la estela que deja tras de sí luego de publicar una nota periodística, cabe recordar que Wittgenstein consideraba que los lenguajes eran juegos, conjuntos de reglas a respetar o modificar, así tenemos lo que parte de la narrativa moderna durante el siglo XX ha experimentado en ese sentido. Demostrando que no sólo los acontecimientos devenían textos, sino que los textos se volvían acontecimientos.

Por otro lado, lo que llamamos realidad no es un fenómeno único ni constante. No se puede hablar de la realidad. Mas bien nuestras vidas estarían plagadas de una serie de realidades que llegan a través de diversas vías. Así, los medios de comunicación masivos plantean una posibilidad, los libros otra, la subjetividad de un grupo humano igual y así podrían establecerse una variedad de realidades.

La realidad es lo mensurable, lo perceptible, lo inteligible, lo que se nos presenta como el conjunto de significantes y significados que nos proveen la noción de ser y estar en un lugar y en un tiempo determinado.

Lo otro, el telón de fondo, sobre lo que se asienta la realidad es lo real. Y que su naturaleza impide acercarse o pensar en ella. Pero está allí, escamoteada, oculta, sin que nadie repare en ella. Es decir, está sin estar. Se define por su ausencia.

En cambio la realidad permite nuestro asentamiento, que nos podamos desenvolver sino con naturalidad con cierta constancia, que nuestros actos sean, que discurran a lo largo de nuestro existir.

Es decir, la realidad está anclada a nuestra subjetividad, a nuestro devenir. Siendo tal, es maleable e inconstante y dependerá de un tiempo histórico y un momento determinado. Así, la realidad vivida durante la revolución francesa por el pueblo parisino fue distinta a la vivida durante la segunda guerra mundial por Estados Unidos.

Ciertamente ahora existen una vastedad de realidades, sobre todo expuestas por las nuevas tecnologías, que han acaparado la vida del hombre. Debe ser entonces que aún no caducos, pero sí en crisis lo sistemas más legítimos, léase libros y oralidad, lo predominante sea lo visual, lo que se lee tanto en la televisión como en los diarios, que no necesariamente es lo verdadero, de hecho ya no es importante que lo sea, sino que parezca verosímil: “El gran silencio de las cosas se ha transformado en su opuesto por los medios. Ayer constituido en secreto, lo real en lo sucesivo se pone a parlotear. Por todas partes no hay sino noticias, informaciones, estadísticas y sondeos. Nunca historia alguna ha hablado ni mostrado tanto” (De Certeau 2000: 201).

La llamada actualidad se encuentra detrás de los productores de revelaciones, los relatos de lo que sucede ya vueltos santo y seña, han reemplazado a las ideas defensivas u ofensivas, los datos y acontecimientos se presentan como lo real, aunque en realidad es elaborado, disfrazado.

Ciertamente la publicidad, los medios y la representación política han hecho replantear la dualidad ficción – real. Antaño lo primero estaba claramente circunscrito a determinados espacios y eventos, teatros y espectáculos estéticos, y

a su vez planteaba sus propias condiciones de producción, su metalenguaje, se refería a símbolos y ocultaba información, por oposición a lo real. Ahora, en cambio, la ficción quiere hacer presente lo real⁴, que los mismos hechos sean, que parezca que siempre ha sido así y no como despegue de lo real. De ahí que en la actualidad los destinatarios sean compelidos a creer en lo que ven y no a creer, como era antes, en lo que no ven.

Efecto panegírico el de los consumidores de medios de comunicación, tributo caro el de los mismos, horas y horas de dependencia, siempre tendrán una excusa para hacerlo, para no parecerlo, pero al fin y al cabo no es el control remoto el problema, sino el remoto descontrol que no padecen más y que el aparatito ha venido a reemplazar.

Cada vez más los noticieros⁵ no solo se parecen a las películas, sino que son como ellas, las emulan, buscan parecerseles. Esto borra las fronteras entre realidad y ficción⁶, ergo los films también hacen las veces de noticieros.

⁴ En cable son moneda corriente los programas sobre cámaras de seguridad que registran infracciones de tránsito, accidentes, violaciones de la ley y robos. Es decir, todo aquello que antes estaba vetado, vedado, a los ojos de la audiencia y que era inconsistente con los propios principios informativos, la construcción de la noticia, resulta siendo un género informativo. En otras palabras, lo registrado casual y no consensualmente, las erratas, lo supuestamente carente de relevancia social deviene importante, central, neurálgico. Demás está decir la inclusión de segmentos de detrás de cámaras en dicha categoría.

⁵ Cada vez más los reportajes televisivos hacen uso de material registrado por cámaras de seguridad, videos privados, íntimos y es dicho formato, encuadre posmoderno, que huye del encuadro fijo, y que dictamina quién es el culpable y determina, consecuentemente, qué es lo que realmente aconteció. Suerte de ojo aguzado, arrinconado, venido a menos, pero a su vez omnipresente y categórico.

⁶ *Cheaters* es un programa televisivo emitido por cable cuyo objetivo es atrapar *in fraganti* a las o los infieles, quienes al haber tenido comportamientos extraños, han despertado sospechas sobre sus parejas, logrando que éstas contacten a un grupo de especialistas que ayuden a develar el

Hoy en día la cuestión es cuánto de nosotros no está recostado en el sillón al ver la televisión o alejado del tabloide que recorre nuestra vista o más allá del pequeño reproductor de ondas sonoras o, finalmente, inmerso más lejos de las olas de la Internet al navegar entre ellas.

El ingreso de los hombres en los medios tiene como efecto concomitante el discurrir de los primeros en los segundos. Lo primero como absorción y lo segundo como dilución. En un primer momento el medio, al imponer sus reglas, sus formatos, succiona al hombre, aunque diera la impresión de acogerlo; el segundo tiene que ver con la desintegración del mismo, reducción de un todo a partes mínimas. Lo imprescindible de los medios resulta siendo tal a partir de la capacidad de los mismos para reconstruir las mínimas partes del antaño sujeto que ellos, previamente, se encargaron de desintegrar.

La posmodernidad nos ha habituado a incorporarnos a los medios de comunicación, a nosotros ser parte de ellos y a ser devorados, en algunos casos, por ellos también. Un mundo donde los circuitos informativos son de una fluidez tal

misterio. Hay un presentador y el testimonio de la persona afectada, todo el programa se supone está basado en una situación real y para reforzar esa idea utilizan, naturalmente, una cámara escondida, y al igual que los noticiarios, protegen la identidad de terceras personas. Pero hacia el final del programa, al momento en que se confronta a la pareja, hay una suerte de circense persecución, los pseudo investigadores y el cliente persiguen al tramposo o tramposa y es ahí en donde la mascarada se descubre. Se supone que es una situación real, luego lo que ve el espectador no es lo que la cámara registra, sino lo que en realidad sucede, de ahí que durante la persecución uno de los supuestos camarógrafos que desea registrar lo que acontece aparezca en escena, así como un falso sonidista que lleva un micrófono, es decir, tratan de hacer creer que sin lugar a dudas no es una grabación sino lo que realmente está sucediendo, a partir de la aparición de una cámara de televisión en el campo visual de la cámara de mano y del hombre del micrófono gigante.

que lo que sucede en un pueblito recóndito de Latinoamérica pasa también en todas partes donde se difunde la señal informativa. Entonces resulta por demás que algo suceda o no, sino que diera la impresión de verosimilitud. De estar siendo, de estar pasando, aunque en realidad no sea así y solo sea parte de un mundo quimérico que los medios con supino ingenio han sabido crear: “Toca pues sopesar, en medio de los escrúpulos y las resistencias clásicamente esgrimidos por los estrategas del saber, el modo y grado en que la presencia del investigador, con su química y física particulares, limitan, sesgan y en el límite, transforman la calidad de la observación. Cuestionamiento medular, entonces, de la neutralidad de la técnica y del llamado tratamiento objetivo de los datos” (Ídem.,: 34).

Ergo, si para la ciencia el dualismo objetividad – subjetividad ya es un escollo bastante complicado de sortear, ¿cuánto más para el periodismo que aspira a reflejar la realidad, a representarla, cuando no a deformarla?

Ya no sería un genio maligno, Descartes alzaría su voz de protesta, el artífice de lo que llamamos realidad, sino los propios medios quienes bajo ningún consentimiento, nada más que el del mero profesionalismo como aval, la necesidad de estar informados de la población y la confianza de que desarrollan la información con objetividad, difunden discursos a diestra y siniestra, que de a pocos pero a paso firme van creando opinión. A veces de manera abrupta, otras de a pocos, porque la noticia precisa auto eliminarse para ser noticia, su naturaleza le exige la caducidad como forma de existencia y razón de ser.

En un célebre dialogo entre Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato, el primero refiere que el diario es lo más reciente y lo más antiguo al día siguiente.

Refiriéndose al pasado y a sus conversaciones Borges le comenta a Sábato que entonces no se hacía ninguna referencia a las noticias cotidianas, fugaces. Sábato le responde: “sí, eso es verdad. Tocábamos temas permanentes. La noticia cotidiana, en general, se la lleva el viento”. “Claro” asiente Borges “nadie piensa que deba recordarse lo que está escrito en un diario. Un diario, digo, se escribe para el olvido, deliberadamente para el olvido”. Salta la cuestión sobre la posibilidad de tener hechos trascendentes cada día, como pretende hacer ver el periodismo

En efecto, nadie piensa en que deban recordarse las noticias, aún cuando las traigamos a colación a propósito de una conversación cualquiera, ya como parte de nuestro argumento o como mero dato aislado de la realidad. De hecho, quienes solo piensan en que servirán de insumo futuro no pueden ser más que sus propios artífices, esto es, los propios periodistas.

Una de las contradicciones inherentes a la naturaleza de las noticias radica en que siempre se supone aparece algo que amerita ser publicado y que solo se entiende a partir de socavar el periódico de ayer por el del día.

Si fueran suficientemente importantes, como se supone las noticias son ¿qué hace posible que desaparezcan así de rápido? Por otro lado ¿cuánta de la

información consignada en un diario vale la pena realmente ser tratada? Las noticias se supone dan cuenta de hechos que ameritan ser publicados por su relevancia social, al no ser siempre así, porque en la práctica se publican noticias que carecen de sentido o están alejadas del objetivo anterior, se colige que además de publicarse noticias trilladas día a día también se busca forzosamente algo que publicar, que es lo mismo que publicar un sin sentido. *A priori* algo debe llenar los periódicos, aunque a priori también sea impublicable: “¿Qué es un periódico sino un producto, formado por un número determinado de páginas, obligado a salir una vez al día, y en el que las cosas dichas no serán determinadas tan sólo por las cosas a decir (según una necesidad absolutamente interior), sino también por el hecho de que una vez al día deberá decir lo suficiente para llenar tantas páginas?”(Eco 2007: 36).

Siempre tienen la consigna de publicar algo, lo que sea, nadie se preocupa de contrastar lo leído con los datos externos, es decir, ir directamente al verdadero lugar de los hechos. Desde luego nadie tiene el tiempo del mundo para hacerlo, por eso ese carácter de legitimidad que se le otorga a la noticia es más casual que consensual.

De ahí que no importe tanto qué pensarán los lectores, de hecho, se les relaciona con una masa acrítica, inhábiles e incapacitados de cuestionar las noticias, eso asegura o garantiza el éxito noticioso, más que la representación del hecho mismo, pues el remedo del hecho bien podría ser una tontería, una información banal, y por información banal debe entenderse noticias que carecen de trascendencia social.

Luego, el fin primero de las noticias es asegurarse cuotas de verosimilitud en la población y no que la información sea de trascendencia o escandalosa. Ni real ni verdadera. Desde luego, debe llamar la atención en alguna medida, lo suficiente para asegurar cuotas de lectoría, pero no a la manera de un cuerpo desnudo o sanguinolentas cabezas cercenadas, sino como un llamado de atención primero y luego el encandilamiento del lector, más por un carácter de verosimilitud que por veracidad e importancia social.

Recordemos que la noción de leer hace referencia, en su acepción tradicional, al ejercicio de los textos impresos propiamente dicho, sin embargo por extensión también se puede referir a todo elemento del cual se pueda extraer una lectura, como puede ser una fotografía, una publicidad, un cuadro, un video clip, etc.

La importancia real de las noticias reside en aparecer como muy reales, maquilladas totalmente, muy elementales sin embargo, se trataría de un revestimiento paupérrimo, mediocre, donde la realidad aparece despintada, sosa, carente de calor y color.

Otro aspecto a tomar en cuenta es que para saber la importancia de los hechos o acontecimientos es necesario el paso de un lapso indeterminado de tiempo, pues no sabemos cuándo ni cómo ni dónde algo llegará a ser realmente importante. Resulta un error determinar *a priori* cuáles hechos son importantes y cuáles no. Nadie piensa que el hombre trajeado de azul con un maletín en la mano

que aparece entre una multitud a la espera de su vuelo mientras el Ministro de Economía está siendo entrevistado es importante, hasta que se sepa que ha fugado del país con 30 millones de dólares extraídos ilícitamente de la bóveda de la sede central de un banco hartamente conocido en la capital.

Por otro lado, no es posible que solo los hechos que presentan los diarios sean importantes. Es decir, hay un sentir, una serie de acontecimientos que bien podrían estar pasando y que sin embargo no existen porque no aparecen consignados en los diarios. ¿Eso les daría el calificativo de no importantes? A juicio de los redactores sí. Heráclito decía que el mundo y las personas somos siendo. Lo que equivale a decir que, en efecto, a cada instante pasa algo, que el árbol de la esquina no es el mismo que el de mañana, que hemos envejecido un poco al día siguiente, que lo aparente solo es eso, porque muchísimos cambios se han dado en el transcurso de un solo momento. No existe, por tanto, calidoscopio capaz de medir esos cambios imperceptibles, pero reales. ¿Por qué no consignarlos en los diarios? Lo más probable es que los directores consideren orate a aquel que pretendiera publicar, ya no en primera plana sino como nota pequeña: Ayer una mujer descubrió una nueva arruga en su rostro o un sauce ha perdido su coloración o el hombre ha cambiado un poco de ayer a hoy día.

2.2 ¿Es pertinente seguir hablando de realidad en el contexto mediático contemporáneo?

La diferencia fundamental entre la Edad Media y la Edad Moderna es la esencia de ésta. Y tal es el paso del mundo a la imagen del mundo. Es decir, lo que caracteriza a la Edad Moderna es que solo entonces el mundo pasa a ser imagen, esto es, empieza a ser comprendido como imagen.

Y, desde luego, el único eje y medida desde el cual se mide lo circundante y bajo el cual lo existente empieza a ser, no es otro más que el hombre que representa y elabora.

Llegado a ese punto de inflexión, el ser de lo existente en su conjunto se encuentra en su condición de representación. Y es precisamente el hombre quien coloca ante sí lo existente como un opuesto, reafirma esta relación y su pleno dominio de la misma: “El hombre coloca sobre sí mismo el modo como deba colocarse respecto de lo existente como objético. Comienza aquel modo de ser hombre que ocupa el dominio de la potencia humana como ámbito de medida y ejecución para la dominación de lo existente en conjunto” (Heidegger 1960: 81).

Podemos decir que, el proceso a partir del cual el mundo pasa a ser imagen es idéntico al proceso necesario para que el hombre pase a ser *subjectum* dentro de lo existente.

Luego, el reino del hombre se mide por todo aquello conquistado por él mismo, a mayor grado de objetividad del objeto, más subjetivo será el sujeto, es decir, su antropología, la contemplación del mundo y la doctrina del mundo como una doctrina del hombre.

En la actualidad ese forjar del mundo y el conocimiento de las cosas no puede llegar sino a través de diversas fuentes, nunca por eso se tratará de hechos sino solamente de reconstrucciones o recreaciones de algo ya pasado, sobre todo, o de algo que está pasando o que pasará.

Pero el primer caso es el que interesa, pues el segundo no se construye en su totalidad, en la medida que éste está siendo y es como si se hiciera a sí mismo, con independencia de una estrategia y ente hacedor. Ciertamente es que no se da de manera natural, pero diera la impresión de menor subjetividad. Mientras que el último es similar al primero, es una suposición o recreación de algo futuro, más arbitrario por eso en apariencia que el segundo caso y que el primero también.

En realidad el primero, es decir, la reconstrucción de hechos pasados a través de las notas informativas, se legitima por razones aún desconocidas. Su verdadero prestigio estaría no en la veracidad de lo que difunde, sino en la ausencia de crítica hacia lo que difunde y en la necesidad de estar informados.

Para los hacedores en cambio, periodistas, es la veracidad, verosimilitud y la necesidad de estar informados en estos tiempos posmodernos las fuentes de legitimación de la información. Por eso no es tan importante que sea verdad o mentira, sino que sea simplemente.

Hay un elemento importante a tomar en cuenta, hoy en día la mentira es flagrante, nunca antes lo había sido. ¿Cómo explicar entonces, por ejemplo, aquellos comerciales que difunden tratamientos de belleza con resultados en segundos? Así, mayas elásticas para ocultar rollos, senos postizos, ya no brasieres reafirmantes, que simulan ser los verdaderos. Cabría preguntarse si es que no es cierto que éstos, es decir los falsos, serían más verdaderos que los otros, los verdaderos, en la medida que representan todo lo que las mujeres desean y de hecho realizan pues basta la compra de aquellos objetos para haberse apoderado de lo que realmente les pertenece. No podría esgrimirse el argumento del deseo como aquello externo y por lo tanto inalcanzable y no real. Pues no estamos en el plano de la verdad, sino de la mentira de perogrullo, de ahí que se establezca otra lógica entre lo verdadero y lo falso. Así como lo falso es verdadero o más real que lo verdadero, de igual modo se puede desear algo que sabemos cercano o alcanzable, mejor aún ya nuestro. No ya utópico ni irrealizable. Es decir se desea aquello que juzgamos cercano y alcanzable y por tanto más real de lo que en realidad poseemos. El saber algo alcanzable le da la condición de menos falso e irreal.

Si existe una falsa tradición de estar informado como una de las actividades que debemos hacer antes de empezar el día ¿dónde cae la gran acogida de los medios? Además se tiene la tradicional legitimación de los medios de comunicación como espejos de la realidad. Por otro lado, la falsedad generalizada es real, mucho más que lo verdaderamente real. No solo en el campo del periodismo, sino en la política, comercio, economía, etc. A propósito de la falsedad, Vicente Verdú dice: "Para buscar ese fastidio de lo real, nace la oportuna

figura del doble, con una doble función: de una parte enaltece al original con su remedo; de otra, produce una imagen por donde se puede circular sin el penoso obstáculo de lo temporal. Porque lo replicado, como lo liofilizado, lo congelado, envasado al vacío, perdura liberado del tiempo, impulsado libremente hacia la inmortalidad” (Verdú, 2003: 39).

Si aplicáramos ese razonamiento a nuestra materia de análisis habría que considerar las noticias informativas como un desapego de lo real y un consecuente acercamiento a la ficción. Esto es, la realidad construida por las noticias informativas sería falsa, pero al ser la falsedad elemento acorde de estos tiempos se prefiere a lo verdadero. De ahí su gran popularidad. La aparente contradicción estaría en la fugacidad de las noticias, pero eso es a nivel real, pues a nivel imaginario ellas perdurarían pues se prefieren y refieren a los hechos tangibles, a la realidad misma y concreta.

Las noticias serían una suerte de dobles⁷ de la realidad y en efecto cuando leemos una noticia sobre un accidente, por ejemplo, solo leemos una recreación de algo pasado. Nunca el hecho mismo, pues este ya fue, está siendo, nunca fue, no está siendo o nunca será. Remedos constantes de lo que pasa en el decurso de las horas de nuestras vidas.

⁷ Un programa como *El valor de la verdad* que se ufana de mostrar la verdad de los hechos tiene su contrapartida, *El valor de la verdura*, y recientemente, *El gran show*, el cual a falta de ideas, ha cambiado los shows de baile por entrevistas a personajes faranduleros y cuya vida personal pueda evidenciar aspectos de su pasado vinculados a la verdad, al igual que los invitados del primero. En suma, tres programas, emitidos los sábados en la noche, tejiendo y destejiendo, plagiando ideas entre sí, prolongando la verdad de cada uno hasta niveles inhóspitos, risibles, melodramáticos, mostrándola como show, agotando todas sus aristas, sus posibilidades.

Cuestión recíproca pues el lector de informativas busca antes de empezar de leer, *a priori*, las cinco preguntas que el periodismo instauró desde sus inicios, nunca algo distinto. A lo largo de los años ha sido habituado a encontrar las cinco respuestas de las informativas y solo eso. De ahí la diferencia entre la crónica, la columna de opinión y algunas veces el reportaje.

El espíritu humano se inclina naturalmente a suponer en las cosas un orden y una semejanza mayores de los que en ellas se encuentran; y en tanto que la naturaleza está llena de excepciones y de diferencias, el espíritu ve por doquier armonía, acuerdo y similitud. De allí, esa ficción acerca de que todos los cuerpos celestes, describen, en su movimiento, círculos perfectos". Tales son los ídolos de la tribu, ficciones espontáneas del espíritu. A ellos se agregan –efectos y a veces causas– las confusiones del lenguaje: un mismo y único nombre se aplica indiferentemente a cosas que no son de la misma naturaleza. Son los ídolos del foro. Solo la prudencia del espíritu puede disiparlos, si renuncia a su prisa y a su ligereza natural para hacerse penetrante y percibir finalmente las diferencias propias de la naturaleza (Foucault, 2002: 58).

Existirían, a ultranza, una necesidad de crear un orden natural o de validar un supuesto orden natural en las cosas. En la práctica no existiría tal. Sin embargo, el hombre precisa creer que existe uno para desenvolverse con naturalidad dentro de su realidad. De ahí que adolezca de espíritu crítico a este tipo de periodismo, porque se auto valida más por la necesidad de crear un orden de cosas, que por los hechos narrados a través de él.

En otras palabras, una disposición de permeabilidad es la que validaría a las noticias informativas, conjugada con una carencia de criticidad que se hace inevitable e imperiosa por la naturaleza misma de la noticia: fugacidad.

En esta posición de límite y de condición (aquello sin lo cual y de este lado de lo cual no puede conocer), la semejanza se sitúa al lado de la imaginación o, mas exactamente, no aparece sino por virtud de la imaginación, y esta, a su vez, solo

se ejerce apoyándose en ella. En efecto, si se suponen, en la cadena ininterrumpida de la representación, impresiones, la más simples posibles y que no tengan ellas el menor grado de semejanza, no habrá posibilidad alguna de que la segunda haga recordar la primera, la haga reaparecer y autorice así su representación en lo imaginario; las impresiones se sucederán en la menor en la mayor diferencia- tan grande que ni si quiera podrá ser percibida ya que nunca podrá una representación tener la oportunidad de fijarse en un lugar, de resucitar otra anterior y de yuxtaponerse a ella para dar lugar a una comparación; no se dará la mínima identidad necesaria para cualquier diferenciación. El cambio perpetuo se desarrollará sin punto de referencia en la perpetua monotonía. Pero, si no existiera en la representación el oscuro poder de hacerse presente de nuevo una impresión pasada, ninguna podría aparecer jamás como semejante a una precedente o desemejante a ella. Este poder de recordación implica, cuando menos, la posibilidad de hacer aparecer como casi semejantes (como vecinas y contemporáneas, como existiendo casi de la misma manera) dos impresiones de las que, sin embargo, una está presente en tanto que la otra ha dejado de existir quizá desde hace tiempo. Sin imaginación, no habría semejanza entre las cosas. (Idem.,: 74-75).

Las noticias informativas han llegado tarde, hablan de hechos ya caducos, es lo pasado que funge ser más presente que pasado. Lo pasado es un presente actualizado, actualizable para el periodismo. De otro modo tampoco sería atractivo para los seguidores de la información. El presente se siente como parte de nosotros, vivido y vívido, por eso nadie lee sobre el presente, no así sobre el pasado, que se percibe como lejano en el tiempo, de ahí la necesidad de traerlo al ahora. Es decir, lo pasado como pseudo presente. Para el periodismo informativo es necesario, pues, imaginar que el pasado es parte de nuestro presente, de ahí también la necesidad de ligarlo al día a día y la consecuente negativa a dejar el hábito a estar informado: “Como si la creencia ya no pudiera expresarse en convicciones directas, sino solamente mediante el rodeo de lo que otros se supone que deben creer. La creencia ya no descansa en una alteridad invisible oculta tras los signos, sino sobre lo que otros grupos, otros campos, u otras disciplinas supuestamente son. Lo real es lo que, en cada sitio, la referencia al otro hace creer” (De Certeau, 2000: 204).

Los lectores, los radioescuchas, los televidentes y los internautas siguen siendo tales precisamente porque hay una confianza en que el otro, los otros, hacen lo mismo, leen diarios, escuchan las noticias, navegan por internet, ven los noticieros, aunque tal vez no lo estén haciendo necesariamente, lo cual resulta siendo irrelevante de todos modos, pues la creencia no se erige sobre el otro, ni sobre su imagen, sino sobre el recuerdo de la imagen del espejo proyectada por el otro; lo que éste hace creer.

2.3 La noticia y su configuración

Del mismo modo como un orador, un candidato electoral por ejemplo, debe conocer a su público, pues de lo contrario su proyecto político fracasa y sus ambiciones de poder resultan frustradas, la prensa también precisa conocer a sus lectores: “Proyecto político y ambiciones personales dependen, entonces, del otro, de los otros, y dependen también de las habilidades retóricas del candidato, toda vez que el puente para llegar a los otros no es otro que la retórica” (Del Rey Morato, 1997: 52).

Por otro lado, y siguiendo con la figura del orador, éste no tiene más remedio que conocer bien a su auditorio y adaptarse a él. De ahí que la influencia en el auditorio, en la configuración del discurso y en un determinado tipo de orador sea notoria.

Las noticias tienen formulas enlatadas, preestablecidas, que minimizan cualquier equívoco. Lo relevante, en ese sentido, no es el emisor, sino el receptor y el mensaje, en tanto destreza que condensa un producto para el segundo, fundado en la comprensión del mismo y el haberse colocado en su lugar. Las noticias⁸ se configuran así, al gusto de los lectores.

Visto desde otra perspectiva, sin embargo, el emisor de la noticia al tener que alcanzar determinadas cuotas de audiencia se ve forzado a hacer lo posible por conseguirlas, lo cual implica no tanto lo que la audiencia quiera sino lo que podría gustarle a ella, lo que tiene de manipulable, en suma, sembrar la información en base a sus gustos, tendencias y comportamientos: “Esa variante, practicada por la moderna sociedad líquida de consumidores, no genera prácticamente disenso, resistencia o rebelión, debido al recurso que consiste en presentar una nueva *obligación* (la obligación de elegir) como *libertad* de opción” (Bauman, 2007: 105).

Subyace una dependencia económica inevitable, el grado de autonomía de un medio de comunicación se mide por los ingresos de publicidad o ayuda del Estado, subvenciones o publicidad misma, y del grado de concentración de los

⁸ El 13/04/2011 Trome publica: “Hallan viva universitaria desaparecida”. Y es partir de ahí que empieza la novela de lo ocurrido, la reconstrucción de lo sido que culmina casi tres años después con el siguiente titular del 18/06/2014: “Ciro Castillo-Rojo no descarta abandonar elecciones”. Es decir 663 notas dedicadas al caso del estudiante perdido en el Valle del Colca, desde declaraciones de los implicados, hasta reacciones de políticos, cantantes, gente de a pie y demás. Cabe resaltar, entre tanta tinta dedicada al caso en mención, la realización de una serie sobre el tema, es decir, la novela de la novela y la publicación, en las portadas del diario, del número de días desaparecido del cadáver del estudiante hasta que fuera finalmente hallado.

anunciantes. Esto, sin duda, provee una visión más realista de la relación productor de la noticia y consumidor de la misma: “El campo periodístico está permanentemente sometido a la prueba de los veredictos del mercado, a través de la sanción, directa, de la clientela o, indirecta, de los índices de audiencia” (Bourdieu, 2001: 106).

De lo dicho no se desprende la negación de lo primero, esto es, el conocimiento de la audiencia al momento de elaborar discursos, sino que lo reafirma, pero a su vez ofrece una visión que matiza la idea de un discurso exclusivamente para la audiencia y pensado solo para ella.

La teoría de los hemisferios cerebrales, a saber, que en el funcionamiento de nuestro cerebro hay una especialización y un reparto de papeles entre el hemisferio izquierdo y el hemisferio derecho, plantea que el primero se ocupa de formular conceptos y construye clases lógicas; erige para nosotros una imagen del mundo, organizando el caos que reciben nuestros sentidos, dejando al segundo tareas menores.

En ese sentido, el emisor tiene que hablar el lenguaje del receptor y no el suyo. Al momento de argumentar no importa tanto lo que el emisor considera verdadero, más bien el lenguaje acorde al receptor del mensaje y lo que pueda encontrar de verdadero cuando no verosímil en ellos. Luego, el mensaje debe ir dirigido al hemisferio derecho y con los elementos y recursos propios de aquel.

Las noticias se fundan en el olvido, en la ausencia de historia en los hombres, en su incapacidad para vivir el mundo presente sin tener que desechar los acontecimientos y reemplazarlos por otros nuevos y naufragar así en la esfera de un mundo puntillista, acelerado, necrosado no bien nacido. Condenados a siempre empezar nuevamente el periplo diario apenas iniciado, la información periodística viene envuelta en su propia obsolescencia, como una matriosca *ad infinitum* donde no hay ni última ni primera, sino siempre una nueva, en apariencia distinta, bajo la premisa falsa de que todos los días ocurre algo y el periodismo es capaz y está autorizado para ponerlo en evidencia: El tiempo puntillista está roto o, más bien, pulverizado, en una multitud de “instantes eternos” - eventos, incidentes, accidentes, aventuras, episodios – mónadas cerradas sobre sí mismas, bocados diferentes, y cada bocado reducido a un punto que se acerca cada vez más a su ideal geométrico de no dimensionalidad” (Bauman, óp. cit. 52).

Al entrar en la modernidad líquida, el tiempo, pieza fundamental de toda sociedad, ha abandonado su carácter lineal y cíclico y la prensa es un reflejo de ella. Todo se centra en el presente y en el aceleramiento de la vida, y precisamente por eso en aprovechar al máximo las posibilidades, pues todas son volátiles y se desvanecerán al día siguiente, sino antes. Más que de adquirir y acumular se trata de eliminar y reemplazar: “La tradición se avizora en cada estallido de la moda, y el porvenir se colma de vejez cada que las tecnologías nuevas desplazan a las todavía vigentes el día de ayer”: (Monsiváis 2007: 36).

La fugacidad de las noticias las imposibilita de ser trascendentes, pues no calan en el lector. Y de buscarse el otro argumento, que a la larga sí lo hacen, tampoco es del todo cierto, pues uno tiende a olvidar no solo por la rutina misma del quehacer diario y porque la naturaleza de la noticia le compele a hacerlo, sino también porque en la práctica estar informado a partir de la lectura de diarios no resulta tan importante como parece y por lo tanto tampoco necesario recordar una recatavila de hechos pasados que deberán eliminarse al día siguiente de publicados por la propia fuerza inherente del periodismo sino antes por una fuerza natural de nuestro organismo que las rechaza o las desecha por ese mismo carácter de fugacidad e intrascendencia: “La dificultad, por no decir imposibilidad, de absorber y asimilar ese volumen de información actualmente “disponible” y por tanto endémicamente superflua, por no decir “muerta al nacer” (Bauman Zygmunt, óp. cit. 61).

Bauman se refiere al sobredimensionamiento en la producción informativa a propósito de los cálculos devastadores de Ignazio Ramonet. La información producida y difundida en la actualidad es vista por los propios hacedores de la información como una bendición que hay que aprovechar, oportunidad para estar al tanto, para dejar en la zaga a los demás, y evitar estar desfasados, condenados al destierro informativo perpetrado por quienes sí la hacen suya, por sus creadores.

En efecto, optar por no seguir la tendencia, en este caso informativa, rebelarse ante ella, y que en la actualidad no pasa solamente por no leer diarios, desoír el noticiero o ignorar la televisión, sino ,sobre todo, adolecer de *facebook*, *instagram*, *hi fi*, *twitter*, correo electrónico, y/o acceso a internet, supone, estar atrasado, limitado, desinformado, fuera de foco. Pero a su vez la cuestión abarca lo novedoso de las herramientas tecnológicas, hay que poseer la última, la más reciente⁹, para así poder estar habilitado, en estado *on line*, *updated*, y evitar ser arrastrado por aquellos que optan por estar al margen, en las riberas de la desinformación, en los arrecifes de la ignorancia.

Pero a su vez disponer de ellas, lo que Zygmunt Bauman llama “estar a la delantera del pelotón de la moda”, aumenta las posibilidades de obtener reconocimiento y la consiguiente aprobación e inclusión. Tenerlas a la mano, exhibirlas, dejarse ver con ellas y tal vez no tanto comprenderlas o hacer uso de las mismas, pero mostrarse a su lado, dependientes de ellas, viene a ser fundamental, dado que a los sujetos se les promete devenir objetos con un alto valor de mercado y una gran demanda siempre y cuando sean engranajes del sistema consumista y no consumidores fallidos, nulos, sin nada que consumir, y en esa medida, sin nada que ofrecer.

Recordemos la noción de objeto de Jean Baudrillard:

⁹ Los teléfonos celulares más modernos, antaño creados exclusivamente para comunicarse en situaciones absolutamente necesarias, llevan el nombre de *smart phones*. Pero llamarlos teléfonos inteligentes supone cuotas de incapacidad por parte del usuario, es decir, se adquiere un teléfono *smart*, precisamente porque quienes lo usan no lo son.

Me parecía que el objeto estaba casi dotado de pasión, o, por lo menos, podía tener una vida propia, salir de la pasividad de su utilización para adquirir una suerte de autonomía y tal vez incluso la capacidad de vengarse de un sujeto demasiado convencido de dominarlo. Los objetos siempre han sido considerados un universo inerte y mudo, del que disponemos con el pretexto de que lo hemos producido. Pero en mi opinión, ese universo tenía algo que decir, algo que superaba su utilización. (Baudrillard 2002: 14).

En efecto, la relevancia del objeto es tan abrumadora que el consumidor precisa devenir tal, pues al hallarse cercado por los vaivenes del consumismo no le queda otra salida, sino devenir una cifra, un número, una marca, un slogan.

Y es precisamente el agregado que lleva consigo consumir y mostrarse luego, o más precisamente consumir para mostrarse, o ser consumido por las marcas que llevamos puestas a través de los ojos de los demás. No es gratuito pues, que el apogeo de los *designer labels*, las marcas de los diseñadores, y su respectivo consumo, vaya galopantemente en aumento en la actualidad. Y por extensión aparecen las marcas de actores, cantantes y bailarines que solo buscan reforzar lo anterior.

Lo cierto es que la abundante información hace naufragar, por un lado, a los que no pueden mantener el ritmo del cambio constante del flujo informativo o, no quieren hacerlo y, por otro, a los mismos seguidores, quienes habiendo incorporado a su vida diaria herramientas para sistematizar los miles y miles de caracteres que a diario reciben y consumen, resultan devorados por ella misma o incapaces de procesarla.

Cada vez más los teléfonos celulares, con una rapidez abrumadora, dejan de ser meros artefactos que facilitan la comunicación e incorporan gratuitamente, no solo poder acceder a Internet, ver televisión, sino a su vez compartir información vía el *Twitter* y *Facebook* entre los usuarios, quienes, si lo desean, pueden ser notificados cuando reciben una respuesta a un mensaje dejado por ellos, de tal manera que están siempre pendientes de las mismas. A eso se agrega la excesiva atención que dichas plataformas reciben por parte de quienes las utilizan, desde políticos, empresas de cosméticos para adolescentes, pasando por golosinas, estrellas de rock, centros culturales, municipalidades, farmacias entre otros.

Pero el periodismo se erige para afirmar categóricamente que es necesario estar informados, que nuestra vida cobra sentido luego de leer una serie de recreaciones de hechos pasados. La lectura de noticias es un instante en el que el lector obtiene cierta información que vanamente incorpora a su vida, o cree hacerlo al menos, en aras de una supuesta consistencia y *background* útiles para su asentamiento y normal desenvolvimiento en la sociedad.

Pueden estar pasando dos cosas: primero que la información que es leída sea parte de un consenso, es decir que la población actúe de igual modo, esto es, son lectores de diarios o periódicos. Siendo así resulta por demás comprensible que se trate de una actividad en concierto o concertada como parte del desempeño de cualquier hábito en la vida de personas, en este caso, gregarias.

Ergo, el consenso diría hay que leer diarios y/o periódicos y rechazaría dejar de hacerlo. Porque es una fuerza que compele a hacerlo, tal vez nada más porque todos lo hacen, por ser parte de un grupo, por manejar discursos más o menos similares, para ser en el lugar en que creemos estar asentados.

La otra posibilidad es considerar de suma importancia leer el quehacer diario, que estar informados sea vital y parte de nuestro existir. Porque sentimos que sin eso no podríamos ser. Pero antiguamente no existían diarios y el mundo seguía su curso con absoluta normalidad. De igual modo nadie pensaba, hace miles de años, en computadoras ni mucho menos que algún día llegarían a ser necesitadas tanto o más como en la actualidad.

CAPÍTULO III

EL DISCURSO, LOS LECTORES DIGITALES, LOS DE A PIE

El presente capítulo tiene como objetivo dejar en evidencia el uso y el desuso del lenguaje, lengua, alternado entre los espacios de lo oral y lo digital, dentro del marco de la cotidianidad.

Para tal motivo se hará referencia a las fluctuaciones y circunvoluciones de la lengua y su discurso entre los vericuetos que el lenguaje deja entrever, cuando impotente se evidencia, ante la propia fuerza gravitacional de su propia puesta en marcha.

3.1 Cotidianidad y discurso

La filosofía se ha avocado tradicionalmente al ser, la profundidad, la sustancia, para bifurcarse de los fenómenos, lo superficial y sus manifestaciones.

Su fortaleza férrea prohíbe todo atisbo de transformación de su campo de acción y de sus concepciones.

Las instituciones, las ideologías existentes, sea el estado, la iglesia, un sistema filosófico o una organización política, se fundan sobre lo cotidiano. Se erigen como absolutos, como ideas platónicas, instancias que buscan regirlo por encima de él.

Pero cabe la posibilidad de relativizar dichas entidades y valorar así lo que ellas desprecian, el fundamento sobre el que gravitan: lo cotidiano. Esta perspectiva, desde luego, privilegia lo venido a menos, los residuos de una descomposición donde lo fundamental deviene su contrario y lo anodino esencial: “Lo cotidiano, en su trivialidad, se compone de repeticiones: gestos en el trabajo y fuera del trabajo, movimientos mecánicos (los de las manos y los del cuerpo, y también los de las piezas y los dispositivos, rotación o ida y vuelta), horas, días, semanas, meses, años; repeticiones lineales y repeticiones cíclicas, tiempo de la naturaleza y tiempo de la racionalidad, etcétera” (Lefebvre, 1984: 29).

De ahí el rechazo de la filosofía a incorporarla como materia a analizar. Las fluctuaciones del quehacer diario, los devaneos del día a día, conforman un entramado de minucias, serie de repeticiones sin ton ni son; meras condiciones epidérmicas, incapaces de convulsionar lo que las grandes revoluciones a la historia, al hombre.

De lo que resulta un desapego a la teoría del devenir, cuyo centro, la repetición, ya se hallaba en el flujo heracliteo y en los más grandes filósofos, como expresión inagotable del tiempo en la naturaleza y el cosmos, en la historia, en la vida individual y social de los hombres.

Es en el sentir individual, y no en el colectivo, dicho de otra manera, en el conjunto de cada individualidad que se entreteje una serie de relaciones cuantitativamente medibles. Los objetos, los animales y los seres pensantes son

cuantificables, sus acciones y su devenir; nacemos sin pedirlo y morimos sin quererlo, desde hace tres mil años somos los mismos dice el poeta peruano Antonio Cisneros. Es en lo cotidiano que se repantigan, se erizan de dolor, se sobreviven mutuamente. En el aquí y ahora se goza o se sufre.

El maestro italiano Italo Calvino cuenta como un buen día *Cosimo Piovasco Di Rondo*, personaje principal de su novela *el Barón Rampante* escrita en Junio de 1957, y su cotidianidad, dan un vuelco de un momento a otro, ante la decisión de trepar un acebo y desde ahí ver la vida pasar; observar desde sus ramas el envejecimiento de su mundo y el suyo. Su visión entonces cambia, la de los demás hacia él también. Esta simple acción le sirve a Calvino para adentrarse en el universo circundante de los seres humanos, sus interrelaciones, sus miedos, sus horizontes, su felicidad, pero desde una perspectiva diferente, inusual y por eso mismo más enriquecedora.

La cotidianidad y la modernidad son el envés y el haz de una misma moneda. Ninguna es solamente significante o significado de la otra. Una puede ser significante en un momento dado y significado en otro según el punto de referencia que asuma el análisis en cuestión. Antes de eso solo hay significantes y significados flotantes, a la deriva, sin punto fijo ni rumbo; sin destino al que llegar. Los mensajes oscilan en torno a los sujetos como fantasmas: “Estamos engañados por múltiples espejismos al atribuir nuestros significados a significantes

evanescentes, imágenes, objetos, palabras, y nuestros significantes, a los significados, declamaciones y declaraciones, propaganda por la que nos significan lo que debemos creer y ser” (Ídem, 37).

Frente a tal situación hay dos vías, aceptar el sentido que los signos provistos por la televisión, la radio, la publicidad, el cine y la prensa otorgan, de tal manera que uno se apropia de los mismos para proveer de sentido a su propio existir. O se añade la dualidad cotidianidad modernidad, con lo cual se alejan de una perspectiva pasiva de la situación e interpretan los signos de manera activa.

Sentarse frente a la pantalla implica ya un grado de predisposición, aceptar ciertas condiciones, leer un diario también. Pierre Bourdieu refiere que la televisión es un espacio que se caracteriza, sobre todo, por las determinadas condiciones que impone a todo aquel que quiera aparecer en ella y, en consecuencia, por la información que difunde. Los límites de tiempo impuestos, el tema a tratar, terceros para llamar la atención en nombre de la técnica, el dilema pensamiento velocidad, pues el público no comprendería lo que el orador dice, la moral, las convenciones sociales, etc. Por eso apelan a ideas preconcebidas, comunes al emisor y al receptor. El pensamiento, en cambio, es subversivo por naturaleza. La televisión se ha convertido en un lugar de mostración que produce fundamentalmente dos efectos: estrecha la entrada en un número determinado de campos, filosófico, jurídico, entre otros, y tiene acceso a una gran cantidad de personas.

Afortunadamente, siempre cabe la posibilidad de tamizar dicha información vía el aguzamiento visual, la puesta en marcha de distinciones capaces de despertar los sentidos y de no fundirlos en la modorra, en la ceguera del acontecimiento.

¿Podríamos concebir la existencia de un sistema absoluto, desde el cual se determinara la verdad de manera tajante? Si fuese así eso querría decir que ni siquiera podríamos captarlo, precisamente porque estaríamos inmersos en él, con la razón y el lenguaje. Ni siquiera habría posibilidad de una conciencia. Sin embargo, la inexistencia de tal sistema ¿no estaría refrendada por la vida cotidiana distinta del conocimiento, del arte y de la filosofía? Reparar en esta posibilidad ya es más que un aliento de vida para la cotidianidad: “La cotidianidad no solamente es un concepto, sino que puede tomarse como hilo conductor para conocer la sociedad” (Ídem, 41).

Para tal efecto es menester caracterizar a la sociedad en que vivimos que da lugar a la cotidianidad. Definir sus cambios y sus perspectivas, manteniendo de los hechos supuestamente nimios lo fundamental, ordenándolos. Pues es en ella donde se sitúa el núcleo racional, el centro real de la práctica y no en las altas esferas de la sociedad.

3.2 El rumor de la calle, el rumor de la web

El discurso es por definición oral, la escritura es con posterioridad al primero, tanto en existencia como en origen.

Ahora bien, las denotaciones devienen comunicables en función de un contexto. Los significados se colocan en un espacio, en un tiempo con relación al referente.

Sacar la reflexión del interior del lenguaje sin que eso implique alcanzar los translingüístico supone considerar los referentes como hechos sociales.

Como señala Henry Lefebvre, entre 1905 y 1910 y debido a presiones técnicas, científicas y transformaciones sociales, los referentes mudan. En efecto, el apogeo del reino de la electricidad tiene lugar en la primera década del siglo veinte y trae como consecuencia una variación en la percepción de los sentidos, a su vez reforzada por la experiencia de los movimientos y la representación de las grandes velocidades. La línea del horizonte que determina el espacio geométrico se desvanece. Por su parte, el sistema tonal en música privilegia la tónica en el continuo sonoro. A nivel teórico, finalmente, la idea de que nuestro espacio no es más que otro entre tantos cobra vitalidad, repercutiendo sobre el descubrimiento de una nueva realidad sensible. A su vez, la conciencia de las relaciones de producción, el hombre hacedor, se esfuma, ergo, la idea de la sociedad como conjunto, también.

Lo que origina como resultado una ausencia de una unidad de la razón y del sentido común que sirva de soporte al carácter absoluto de lo real frente al sentido común. Tal percepción bien informada es sustituida o subyace a otro mundo sensible. La funcionalidad y el carácter técnico ganan terreno en desmedro de los objetos tradicionales.

La capacidad teórica de los sentidos y su educación aumentan. De lo que resulta la ruptura significativa significado. Saltante es el caso de la pintura, donde a través del expresionismo se le concede primacía al significado, dejando los significantes en manos del espectador y en la otra ribera al cubismo, que prioriza los significantes para dejar el significado libre, a merced del interesado. Ergo, lo práctico sensible se desmorona como referente, los significantes y significados quedan flotantes, a la deriva del vendaval diario, sin rumbo fijo.

Por eso la historia de *Funes el memorioso*, personaje del cuento del mismo nombre del autor argentino Jorge Luis Borges incluido en su libro de relatos *Ficciones*, es particularmente interesante. Luego de ser golpeado por el mar queda tullido de por vida, producto de lo cual es condenado a un ostracismo obligado. Sin embargo, a partir de ese hecho un cambio acontece dentro de él: su memoria se ha tornado prodigiosa. De ahora en adelante cada recuerdo, cada detalle, permanecerá más vívido que la experiencia misma, un perro visto en la mañana será distinto al mismo perro visto en la tarde; una araña en el rincón tendrá la vivacidad de mil arañas y una.

El propio autor refiere que se trata simplemente de una larga metáfora del insomnio, pero en realidad resulta siendo una indagación posmoderna. Al respecto Esther Díaz, filósofa argentina, sugiere que aunque hay divergencias de postura en ese planteamiento, tampoco se puede negar el hecho que los devaneos borgeanos quiebren los paradigmas modernos tradicionales.

Cada signo es un nuevo signo por completo, no caben generalizaciones. Las abstracciones quedan afuera, el sistema lingüístico tradicionalmente conocido queda de lado y una serie de posibilidades se abren paso.

Los video clips, por ejemplo, crean una dinámica que obliga al espectador a resignificar los estímulos, a replantear los significados y los significantes. Deben trabajar sobre las imágenes propuestas como si se trataran de signos equívocos, incompletos. Para tal efecto cuentan con solo unos cuantos minutos cronológicos, pero que suspenden el tiempo, lo alargan, lo acortan al antojo del pulso de la creación, de la cadencia y ritmo envolventes.

A su vez en dicho periodo la experiencia y la representación de las grandes velocidades alteran la percepción de los movimientos, lo absoluto espacio-temporal se difumina como referente estable, la perspectiva cambia: “Los sistemas racionalizados, la perspectiva y la tonalidad, garantizaban el acuerdo formal entre el artista, que buscaba significantes para sus emociones y representaciones, y el espectador o auditor, que aportaba a esos significantes, percibidos por él, sus significados” (Ídem: 143).

El espacio en el que habitan los seres humanos, los animales y las plantas se empieza a cuestionar, el mismo sería solo uno entre otros posibles; existente a nuestra escala, pero en otras quizá habría que considerar otros espacios y sus consecuentes temporalidades.

Al descubrirse la relatividad, la nueva realidad sensible emerge, se yuxtapone a la dualidad signo-objeto, los sentimientos y las emociones se evaporan.

Los grandes referentes, Naturaleza, la Ciudad y la Historia van a desaparecer.

Por su parte, la ciencia, es decir, la científicidad intenta jugar el papel de referente, de código general. Hecho que llama la atención pues la ciencia por definición es conocimiento de lo real. Ergo, lo real no es más lo real de la ciencia, tampoco de la científicidad.

Al no haber referente el discurso se mezcla a la imagen, y ésta parece un referente, pero carece de esta cualidad; ambas se remiten mutuamente. La imagen provee una vastedad de significantes que solamente el discurso puede significar. El discurso levita a la espera de una imagen sobre la cual apoyarse, pero es ésta la que necesita apoyo. Lo cierto es que ya no sabe sobre qué apoyarse.

La escisión de los significados y significantes no es un fenómeno parcial o focalizado. La interpretación de una obra varía según los significados que el intérprete elija. Antes lo que existía era una suerte de búsqueda entre los signos y la significación, estaban separados precisamente para luego juntarse y dar origen

al mensaje descifrado de acuerdo a un referente aceptado. Tal era el caso de la percepción en el siglo XVIII.

Con todo, es en el día a día, donde hay que vivir, en la vida cotidiana, que el equilibrio de los significados y significantes tiene lugar. Su amalgama, su unión, acontece ahí. Los signos levitan a nuestro alcance para ser elegidos, reemplazan a los actos y se deposita en ellos el interés de los hombres sobre algo en particular.

Hablar por el mero hecho de hacerlo, sin mayor propósito que el de estar en el grupo, ser parte de, lograr aceptación y mantenerla, es el típico caso de una comunicación fatua, profusa en palabrería que acontece en algunos círculos sociales.

Por su parte, contrariamente a lo que comúnmente se cree, la jerga no es el desborde de la norma, en el sentido de rebajamiento o vulgarización de la misma; tampoco la transgresión a la identidad sempiterna basada en la alteración de lo que manda la real academia de la lengua. Sino más bien un flujo natural, recurrente, elástico, que no solo apela al momento o al estado de animo, pero a la necesidad de emplearla, sea como parte del juego del lenguaje, sea porque resulte más certera, espontánea y cotidiana que lo que dicta el diccionario: “La jerga opera, pues, como el registro básico de identificación del usuario lingüístico estándar; resulta siendo el DNI de una comunidad comunicante operando en su fragor menor, en su marcha silenciosa o indiscreta, en la fluctuación rumorosa que rebosa. La jerga, entonces, sería el lugar donde una cultura, menos *cool* o menos culta, más se muestra cuando más se oculta” (Hevia 2008: 17).

No cabe duda que es en el lenguaje donde se encarnan las lógicas sociales, pero es él quien valoriza las cosas, éstas adquieren existencia social al ser denominadas, sistematizadas, designadas. La escritora argentina Silvina Ocampo afirmaba que “cualquier cosa que no existe y tiene un nombre termina por existir; en cambio cualquier cosa que existe y no tiene un nombre termina por no existir”.

En ese sentido el lenguaje es el hacedor de los valores, de lo cotidiano; es lo cotidiano enmascarado y se niega a develarlo. Lo cubre de retórica y de imaginario. Así, el lenguaje y las relaciones de lenguaje, sus efectos y sus afectos, llegan a ser en el decurso de lo cotidiano la negación de lo cotidiano. Pero a la vez reflejan modulaciones de la vida cotidiana, dice lo que oculta, se repliega y se manifiesta como hecho de circunvoluciones.

Sin embargo, la ruptura del signo, vale decir entre el significado y significante, coloca al lenguaje frente a una situación sin referente. El lenguaje se transforma en tal, se remite a sí mismo, se convierte en su propio referente.

El metalenguaje, discurso sobre el discurso, aparece cuando el lenguaje y el discurso se toman como referente; elimina y disuelve los referentes y a medida que desaparece un referente un metalenguaje se extiende, esto es, asume el lugar del lenguaje y sus atributos acompañado de un referente.

En rigor el metalenguaje es anterior tanto al uso del lenguaje como al de la lengua, esto es, al discurso y a la vez posterior a éstos. Abraza al discurso como condición y como reflexión. Toda comunicación es posible solo si existe una comunicación previa del código, es decir, de metalenguaje.

Al colocar al metalenguaje sobre el primer plano las implicancias sobre el discurso y el lenguaje en la vida social, en la cultura y en la ciencia conllevan a un carácter ambiguo. Surgen pseudo-mensajes, pseudo-sucesos, pseudo-noticias, pseudo-novedades, pseudo-producción y presuntas obras. Mensajes ilusorios que hacen las veces de mensajes, que se remiten a mensajes antiguos, discursos sobre discursos, recurrentes entre sí: “El inmenso *consumo cultural*, que parece consumo de las obras y de los estilos, de hecho no es más que un consumo de signos (signos de obras, signos de la “cultura”). El consumidor engulle metalenguaje, lo cual permite a los valores de uso gastarse lentamente” (Lefebvre Henry, óp. cit. 166).

Piénsese en un turista en París que no engulle sino los signos que de ella le hacen llegar los guías, discos, conferenciantes, a través de los discursos. La cosa misma, la obra, queda prisionera más allá del discurso, del que el devorador hace presa fácil y devora con fruición.

Cabe recordar que Gabriel Tarde ve como inherente al lenguaje el carácter eminentemente imitativo del mismo. Él es, ante todo, imitación, pues consiste en una suerte de asociación de imágenes visuales, acústicas, motrices, recuerdos de hábitos y de frases que son encadenamiento de ideas, de imágenes complejas; formas múltiples de imitación de ella misma.

Del mismo modo como la caída del referente hace que el lenguaje se remita al lenguaje, el periodismo se remite a las noticias, la prensa se remite a la televisión, la web se remite a todo lo anterior y viceversa.

La información periodística teje hilos que hilvana lo de ayer con lo de hoy y lo de hoy con lo de mañana, pero a su vez lo de hoy está creado para que se elimine con lo de mañana. Es realmente curioso cómo estructuran el entramado de informaciones los periodistas y las empresas periodísticas; naturalmente se leen entre ellos, compiten entre ellos, la información radial pronto es recogida por los diarios, luego por la televisión y finalmente la web recopila todo y trata de abarcarlo todo también.

El periodismo limita el acceso a los especialistas y a aquellos que les otorga dicho privilegio los catapulta al éxito. Por un lado tiene la capacidad de llegar a la mayor cantidad de personas, en especial la televisión, pero el camino es estrecho, solo unos cuantos emiten sus juicios y al precisar de determinadas pautas y manejos, resulta más conveniente darle cabida a aquel que se ajusta a sus lineamientos, aunque sea un bobalicón, y desplazar así al verdadero experto¹⁰ y su discurso coherente, concienzudo y verdaderamente útil para abrir los ojos de las gentes, pero contraproducente para sus propios lineamientos, esto es, un mensaje edulcorado y consecuentemente masificado que evite disensos y

¹⁰ De un tiempo a esta parte, por lo menos en Lima, aunque también hay ejemplos en otros países, sin embargo en Lima sucede de manera abrumadora, llama la atención la enorme cantidad de protagonismo ejercido por parte de personajes varios, llámese cantantes, cómicos, actores, bailarinas, diseñadores, cocineros, entre otros, en la pantalla chica. Hecho saltante, pues si bien es cierto que el mensaje debe ser claro y directo, y a partir de ahí se justifique la aparición de legos en un tema determinado, se ha optado en cambio por achatar, aún más, las expectativas de la audiencia, a partir de la sobre exposición de los mismos a un pensamiento mediocre perpetrado por ignorantes totales en el meollo del asunto en cuestión.

criticidad y constriña a pensar dentro de los parámetros que el propio medio proyecta sobre ellos y, en buena cuenta, espera hacer creer que surgen de manera espontánea y necesaria.

Al moverse en un terreno netamente de metalenguaje fuerzan a pensar el día a día en función de su actualidad. Promueven una amnesia permanente que se enclava en la dualidad nuevo – superado, favorecida por sus propias condiciones: la oferta y la demanda establecida por la competencia que en vez de promover originalidad se inclina a favorecer la uniformización de lo ofrecido.

Ahora bien, el discurso periodístico busca cada vez más asemejarse al discurso oral, natural, en suma, al habla, sobre todo en la prensa denominada chicha. Y con la aparición de los medios digitales esto se ha visto potenciado, basta revisar las nuevas plataformas: *Facebook*, *Blog*, *Twitter* y demás.

En efecto, dichas plataformas privilegian los silencios, las faltas ortográficas, las interjecciones, así como la ausencia de pausas, comas, puntos suspensivos y demás.

Pero incluso en los diarios digitales se desliza esa posibilidad aunque solapada, para mantener la tan mentada objetividad y apego a la realidad. Al echar un vistazo a los comentarios de las noticias se repara en lo profuso de éstos, llenos de errores, insultos, agravios, que muchas veces se alejan de la información propiamente dicha. Diatribas contra el comentario previo o aquel que

disiente con su opinión, los comentaristas hacen suyo el espacio para manifestarse, para ser, de manera espontánea, trayendo a colación sucesos previos, opiniones de terceros, recuerdos, como sucede en toda conversación espontánea.

Esa tendencia se ve potenciada por la televisión y sus contenidos: programas de conversación que aluden a diálogos casuales, reality shows, shows de conversación, programas de entrevistas y programas concurso.

Piénsese en ese nuevo género cinematográfico de terror cuyo film pionero es *The Blair Witch Project* (1999), la cual al haber sido filmada con una cámara de mano, representa todo el realismo posible y existente que el ecran puede tolerar.

Luego vendrían otras películas a la zaga para reforzar la misma propuesta. Es pues, el desapego de lo fingido, por lo ficticio, por lo actuado y la búsqueda de lo genuino, de lo más real posible, el sobredimensionamiento de lo real, la exacerbación de lo sentido, a través de los sentidos, el paroxismo de lo vivido y experimentado, un meta realismo¹¹ inexistente antes de la aparición de dicho film y

¹¹ El desarrollo galopante de la tecnología va de la mano, naturalmente, con la propuesta de lo más real posible, en buena cuenta ellas se reafirman mutuamente, se trataría de una relación simbiótica y de mutualismo, dado que se es más real a mayor uso de la más novedosa tecnología y se es más tecnológico a mayor efecto de lo real. De ahí la importancia que cobra, paulatinamente, pero a paso firme, la aparición de nuevos artefactos tecnológicos y sus respectivas renovaciones. La lista es larga y de larga data, desde los discos de acetato hasta los mp3, pasando por los vinilos, casetes, cds, dvds y ahora blue ray. Por su parte, los televisores a tubos han sido desechados por los plasma, LCD, LED, 3D y actualmente UHDTV. En Lima pululan las salas de cine que proyectan films en HD y 3D, pero solo hay una sola, en Santa Anita, llamada 4dx y cuyas características van desde butacas en movimiento, sonido envolvente, percepción de olores, esencias, efectos de viento, humo y agua. Al final el propósito es el mismo: romper las barreras de lo imposible, ensanchar las posibilidades imposibles.

accesible ahora vía el ensanchamiento de los límites y cánones cinematográficos impuestos de antiguo por el propio séptimo arte cinematográfico.

En el caso de los formatos para la televisión, los denominadores comunes son la familiaridad de lo que acontece, lo coloquial de las situaciones, del lenguaje, la posibilidad de ser uno de los personajes de las aventuras diarias que viven sus protagonistas, lo absurdo y maniqueísta de cada acontecimiento.

3.3 Las alternativas, salidas, escapes

Ante las nuevas alternativas de supuesta libertad que ejercen los medios electrónicos, las plataformas mediáticas y las redes sociales, su materia prima en común, el lenguaje, se repantiga, estira y deshace, sea en el sujeto o en el sujeto

mismo, esto es, ya no como el lugar donde el lenguaje acaece, sino como el lugar mismo del lenguaje.

A este respecto, el habla, bastarda del lenguaje oficial para los puristas o academicistas, es transgresora del uso impuesto por una visión autoritaria y monoteísta de ella misma. El ejercicio de la lengua, como el de la poesía, recae sobre la urdimbre de lo lúdico que los autómatas del lenguaje no quieren ver.

Ante las agendas impuestas por los medios oficiales y alternativos, las personas distorsionan los mensajes que ellos propagan, creando así sus propias

bitácoras al paso, suerte de teléfono malogrado, versiones personalísimas organizadas al antojo de quien las corea a boca de jarro y no de quien las difunde, distando de lo que debería ser para los letrados ley y hecho y nada más.

El habla, especie de coraza ante la fuerza de los medios dominantes, es la táctica de las gentes de a pie, de los que se repantigan en las esquinas de los quioscos y se nutren para deformar lo visto y escuchado, pues no solo leen, sino que se nutren del barullo de sus congéneres que por allí andan. En un vistazo que toma lo que tarda en llegar el bus o acabar el moliente.

Irónicamente el producto final del periodismo es insumo que retornará a los sabuesos de la noticia, a sus mesas de redacción, ya como bolo alimenticio, pero escamoteado como novedad, como materia prima para una nueva información. Y así paulatinamente el círculo no termina, una y otra vez.

Como en el cuento Borgeano *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* donde uno de los personajes, el también escritor argentino Adolfo Bioy Casares, recordaría decir a un heresiarca que tanto los espejos como la copula tienen algo de abominable, pues multiplican el número de los hombres. Pues en las nuevas plataformas es igual, los rumores del rumor, el recuerdo de un comentario recreado, lo inventado o mal recordado, deliberadamente, ocasionalmente o sin proponérselo, resulta inacabable e impostergable y a su vez la noticia calientísima del día.

El discurso oral se impone así al formal, léase escrito, y coincidentemente considerado formal, esto es, acorde con lo que manda la academia de la lengua. Pues es en el uso que la lengua se manifiesta, y es ahí, a través de quienes hacen

uso de ella, que ésta deviene vivaz, tangible, representativa del devenir de las gentes, su sentir y latido; estetoscopio estéreo, hd y democrático que no discrimina sino que democratiza.

Recordemos que socialmente, por lo menos en el Perú, se le llama mayoría a aquel grupo socio económico pudiente que al estar capacitados financieramente, ligados a apellidos de abolengo y supuestamente al conocimiento, se encuentra apto para tomar las decisiones preponderantes que atañen al rumbo del país, aunque sean menores cuantitativamente hablando que las llamadas minorías, éstas sí mayores en número que la anterior, pero sin embargo o precisamente por eso, olvidadas o venidas a menos.

Demás está decirlo, pero lo cierto es que la retroalimentación, antes descrita, está cargada de opinión. Y es que anclado al habla, aunque no solamente a él, se halla la necesidad, cual fuere la motivación y las circunstancias, de manifestarse a favor o en contra de algo por parte de un grupo social: “La opinión es al público, en tiempos modernos, lo que el alma es al cuerpo, y el estudio de una conduce naturalmente al otro” (Tarde, 1910: 63).

En efecto, las nuevas tecnologías, los nuevos soportes y las redes sociales dan la oportunidad de manifestarse, de dejar la impronta que los caracteriza, los rastros de su paso. Antes, los medios emitían su mensaje de manera unidireccional, sin posibilidad de saber qué era lo que las personas creían al respecto; ahora en cambio los comentarios son pan de cada día, y las agendas son creadas más en función de las demandas del público que del propio medio; en

todo caso de lo que les podría gustar, de los deseos que pueden despertar en ellos.

La denominada prensa amarilla ha creado un subgénero en el periodismo, un cuestionario breve o una informativa que se centra en la opinión de alguien, usualmente famosa, sobre otra persona. De esta manera, el redactor toma la posición del supuesto ciudadano de a pie que preguntaría las preguntas que le han sido delegadas a él, en calidad de representante del segundo. Respuestas que regresarán al lector y serán digeridas para su posterior y particular manifestación y visión de las cosas.

Y al ver los comentarios encuadrados en formatos específicos, cuando no en determinados números de caracteres, lo primero que salta a la vista es la noción de supuesta libertad que difunden los medios y que tal vez creen hacer uso los lectores. Sin embargo, el discurso oral es aquel que, sobre todo, tiene capacidad sonora, se hace escuchar y se deja escuchar.

Cierto es que los comentarios incluyen faltas ortográficas, signos de admiración, frases interrogativas, puntos suspensivos, mayúsculas, etc. Pero es así precisamente porque tratan de llevar al HTML la cadencia natural, el ritmo propio del argot.

En otras palabras, los medios no pueden dejar de regular el lenguaje utilizado en su soporte. El habla siempre pulula libre entre los vericuetos de la lengua. Por eso, la jerga, variante del sistema oficial, juega con éste, se le acerca, o deja que aquel se aproxime a ella; la segunda soñando que la refleja, que la ase, la otra burlona que a trote va.

Por lo pronto hay que distinguir dos cosas: la opinión propiamente dicha, unión de juicios, y la voluntad general, unión de deseos.

Es necesario, a su vez, no confundir esta última con dos fracciones del espíritu social que la alimentan a la vez y la circunscriben: la tradición, parte condensada y acumulada de la opinión de muertos, herencia de necesarios y saludables prejuicios y la razón, es decir, los juicios personales, relativamente racionales, por parte de una elite que se aísla y piensa y surge de la corriente popular para retenerlos o dirigirlos.

En la segunda categoría entran los padres, los filósofos, juristas, el parlamento, entro otros.

Antes de adquirir una opinión general los individuos que componen una nación tiene conciencia de tener una tradición común y con conocimiento de causa se someten a las decisiones de una razón juzgada superior: “La razón de hoy devendrá así, la opinión de mañana y la tradición de pasado mañana” (Ibídem, 65).

Dialéctica connatural al lenguaje de la cual la lógica de la opinión, la razón y la tradición no parecen escapar. El habla necesariamente es con anterioridad al lenguaje, esto es, al conjunto de reglas, al sistema lingüístico. Pero a su vez existe una dinámica entre el primero y el segundo. ¿En qué momento uno se nutre del otro? ¿Cuándo el segundo es devuelto ya no como mero uso, sino como norma a imponerse? ¿Cómo es que antiguos usos se recuperan luego de un largo exilio? ¿Es que acaso el habla necesita del aval del lenguaje? Los límites y las categorías

se vuelven tan frágiles que todo intento por separar habla de lengua resulta por demás infructuoso.

Por su parte, la opinión se sitúa entre la razón y la tradición, sin embargo, no intenta unirlos, por el contrario se nutre de sus disputas, absorbe las informaciones a la moda. Las tres fuerzas difieren en su naturaleza, causas y efectos y de manera desigual y variable forman el valor de las cosas. La conversación en todo momento, y la prensa en el presente, son los grandes factores de la opinión, la razón y la tradición colaboran en una menor cuota. La tradición está conformada por la educación familiar, la enseñanza escolar y el aprendizaje profesional; mientras que los de la razón son los cenáculos judiciales, filosóficos, científicos, eclesiásticos, y sus fuentes donde se elabora son la observación, la experiencia, la interrogación, cuando no el razonamiento, la deducción fundada sobre los textos: “La opinión, diremos, es un grupo momentáneo y más o menos lógico de juicios que, respondiendo a problemas actuales planteados, se encuentran reproducidos en numerosos ejemplares de personas de un mismo país, tiempo, sociedad” (Tarde, *óp. cit.* 68).

El fenómeno de la transformación de una opinión individual en una opinión social, esto es, en la opinión, se debe al discurso público en la antigüedad y en la edad media, y a la prensa de nuestros días; pero ante todo y siempre a las conversaciones privadas, materia de lo cual las personas van hablar en un futuro cercano.

A partir de un efecto refractario o de varios, los destellos de las noticias, ensordecedores o cegadores, siempre dejan, aún así, soporte al lector para trabajar sobre ello; el mensaje periodístico, semejante por naturaleza a una coladera, permite eso precisamente: que los lectores se cuelen a través de ella; que sean en ella ya no como noticia, sino como barullo, palabreo, cotorreo, chisme, doxa. La nota entonces presume de notoriedad, pero no se anota sino parcialmente en el lector, cuya naturaleza también es refractaria y quien a su vez es motor para una nueva nota, con salero, más acorde con una lógica posmoderna. Finalmente el lector solo toma nota, ergo anota lo que le resulta conveniente para la diseminación de una nueva nota, por demás disímil a la primigenia.

En el clan, en la tribu, en la ciudad antigua y de la edad media, todos se conocían personalmente; una idea común se establecía a partir de las conversaciones privadas o los discursos de los oradores y cada miembro se la representaba ligada a una voz, a un rostro, a una fisonomía específica, viva. De ahí que solo sirviera de lazo entre personas que se veían y escuchaban todos los días.

Ahora, en cambio, la propia inercia de la información masiva, el tsunami informativo del día a día, conjugado con el si sale por televisión, si lo dice un periodista debe ser verdad, conduce a una suerte de ceguera, anomia, desfase de la realidad, pérdida de la memoria. Luego, la información periodística evita que los lectores, radioescuchas y/o televidentes puedan asentarse en ella. Dicho con otras

palabras, el alud informativo que propagan los periodistas, sirve para ocultar los pliegues de la realidad que según ellos intentan mostrar:

La falta de interés por los cambios imperceptibles, es decir, por todos los procesos que, como la deriva de los continentes, pasan inadvertidos y resultan imperceptibles en el instante actual, y que tan sólo dejan sentir sus efectos con el tiempo, contribuye a multiplicar los efectos de amnesia estructural propiciados por la lógica del pensamiento al día y la competencia que impone la identificación de lo importante y lo nuevo (la primicia informativa) para condenar a los periodistas, a esos jornaleros de lo cotidiano, a ofrecer una representación del mundo en la que predominan absolutamente la instantaneidad y la discontinuidad. (Bourdieu 2001: 133).

Similar al olvido de los habitantes de *Cien años de soledad*, que en determinado momento necesitan escribir el nombre de las cosas en rótulos que llevarán colgados bajo el cuello para poder ser identificados, o como el personaje principal del film *Memento* que precisa tatuar nombres e información relevante sobre su piel para recordar lo hecho e imaginar lo venidero ante una crisis crónica de amnesia inevitable, sumado al anonimato que la web ampara, no solamente comentarios de comentarios, sino personajes imaginarios, nombres falsos, conduce inevitablemente a un no estar, para decirlo en el tono de Kundera, ya no seres insoportables, más bien leves, camaleónicos, claroscuros, sombras de lo que antaño eran más o menos uniformes; mosaico cultural que allende la modernidad catalogaba, con justa razón, en llamar identidad: “Nacionalizar poco a poco e internacionalizar incluso cada vez más el espíritu público: tal fue la obra del periodismo” (Tarde óp. cit. 75).

Amplificar los sonidos y proveerlos de contundencia en cuanto a distorsión se refiere se remonta a las bandas de rock de los años sesentas. Pues bien, del mismo modo, pero en otra área diferente, el periodismo ha buscado, desde sus orígenes, probablemente sin proponérselo, hacer partícipes a escala mundial e internacional a los diferentes grupos donde él mismo acaeció.

Cada mañana, la información periodística, fundada sobre lo que el periodista considera relevante, en función del objetivo que persigue y en base a lo cual su voz es, está siendo recibida desde todos los puntos del globo y a su vez propagada, el mismo día, a todos los puntos del globo.

Históricamente los diarios empezaron dando a conocer primero la opinión local de grupos privilegiados: el parlamento, la corte, la realeza, de donde reproducían la chismografía, las discusiones, los discursos. Sin embargo, con el correr de los años han terminado por dirigir y modelar casi a su conveniencia la opinión, imponiendo en los discursos y conversaciones cotidianas la mayoría de sus temas.

La cuestión no está en la manipulación, ni en la subjetividad, ni en el derecho a estar informado, tampoco en la libertad de empresa o de prensa. Pero en que la prensa, *a priori*, es un discurrir de información y en esa medida inevitablemente materia de discusión por parte de la población; o por lo menos algo que comentar a modo de conversación.

Si el libro hacía sentir, también, a todos aquellos que le leían en su misma lengua su identidad filológica, él no trataba más allá de las preguntas actuales y simultáneamente apasionantes para todos. La existencia nacional es certificada por las literaturas, pero son los periódicos que avivan la vida nacional, que provocan los movimientos de grupo de espíritus y de voluntades en sus cotidianas fluctuaciones grandiosas. En vez de recurrir a extraer su interés propio, como el diario, en la actualidad concreta de sus informaciones, el libro busca a interesar antes de todo por el carácter general y abstraído de ideas que él aporta. (Tarde Gabriel, óp. cit. 81).

Precisamente el dar que hablar se funda en eso. Motivar todo el potencial que las personas representan en tanto seres subjetivos y magnificarlo vía la opinión, hacer eco de sus voces, de la información sembrada por los medios, y germinada inmediatamente, ya no por sus artífices, sino por quienes la hacen suya; fenómeno realizado al unísono entre congéneres y a su vez hacia ellos.

Si bien es cierto que la prensa es la causa de la opinión más reciente y más vistosa, sin embargo no es la única. De hecho la más continua y universal que se introduce todo el tiempo y en todo lugar es la conversación: “Por conversación yo entiendo todo diálogo sin utilidad directa e inmediata, donde se habla sobre todo por hablar, por placer, por juego, por cortesía” (Tarde Gabriel, óp. cit. 83).

No es sorprendente ni inesperado el apogeo de los shows de conversación tanto en la radio como en la televisión en la actualidad¹², el deseo de llevar a la

¹² La oferta de programas de conversación, *talk shows*, ha ido realmente en aumento. *Tres G*, *Oh! Diosas* y *Química Pura* llevan a un extremo el pretexto de dejarse ver en la pantalla, rodeándose de invitados nulos, pero explotables a nivel mediático, regios, famosos, bellos, esbeltos, gente de abolengo. Las fórmulas son establecidas previamente, las reglas también, en ese sentido es preferible y funcional contar con la participación de invitados que aportan lo mínimamente suficiente, no lo preciso, sino cualquier sandez, pensar, luego, es ocioso y aletargador. En una ocasión, el programa *Tres G* tuvo como único invitado a Bryce Echenique, tal vez consideraron que su interlocutor ameritaba más tiempo para elaborar sus ideas, libertad para explayarse. De ahí que en otra ocasión fuera penoso ver cómo la voz de la poeta Marcela Robles Godoy naufragaba entre los otros dos invitados y los tres conductores.

pantalla el diálogo de café, íntimo, de esquina, de tertulia, de bar, de oficina, de cocina.

Normalmente no se repara en la fuerza de la atención que es capaz de producir los interlocutores entre sí en una conversación. No obstante, es lo más constante, el efecto más importante.

La conversación marca el apogeo de la atención espontánea que se procuran los hombres recíprocamente y a través de la cual ellos se compenetran más profundamente que en cualquier relación social. Ella los hace relacionarse, comunicarse, funciona como el agente más fuerte de la imitación, de la propagación de sentimientos, ideas, modos de acción.

Los sujetos de la conversación se influyen unos a otros a través del timbre de voz, la mirada y/o la fisonomía, y no solamente por el lenguaje.

Naturalmente, las conversaciones van a variar según la procedencia de los interlocutores, su grado de cultura, su situación social, su origen, sus hábitos profesionales, su religión.

Los hombres primitivos se reunían a conversar en sus tiempos libres, cantaban uno al otro; las églogas de los pastores y los cantos de los esquimales, aún vigentes, a manera de respuesta ante la burla de alguien, son muestras de cantos satíricos, cuando no duelos inofensivos y prolongados, al igual que en las discusiones contemporáneas entre los hombres.

Mucho tiempo antes de ser parte de la conversación, la palabra era medio de transmisión de ordenes, anuncios, o sentencias de poetas moralistas. Era, sobre todo, un monólogo. El diálogo vendría con posterioridad.

Tampoco se debe descartar el estado de disconformidad que la soledad inflige en los primitivos o el tiempo libre de los analfabetos como motores de la conversación.

Sea un esquimal rodeado por sus familiares que cuenta sus peripecias durante la caza de un animal al detalle, sea un pastor que se caracteriza por su hospitalidad y por llevar las riendas de un régimen patriarcal, la conversación supone, luego, no solo tiempo libre, sino también un tipo particular de vida y una serie de ocasiones de reunión para manifestar determinados temas.

Cabe recordar que los parlanchines hablan sobre aquello que los curas, profesores, padres, oradores, maestros o periodistas les han enseñado. Son entonces los monólogos pronunciados por superiores la fuente de diálogos entre pares. Pero la pregunta a una respuesta ya es un conato de diálogo.

De otro lado, tanto entre hombres incultos, como entre niños, los diálogos se yuxtaponen unos a otros sin concierto, resultado de lo cual se interrumpen sin cesar.

A propósito de los niños, si es cierto que la etapa que atraviesa el espíritu de los niños en su formación gradual es una suerte de remanente de la evolución del espíritu primitivo, entonces habría que considerar la conversación en ellos como aquello que permita explicar los primeros estadios de la conversación en los primeros años de la humanidad.

En efecto, los niños empiezan por preguntar por todo lo que les circunda, suerte de diálogo unilateral; con el tiempo devendrán narradores y oidores, aunque no necesariamente en este orden; el salto a observaciones generales cuando no abstractas se hace evidente y con ello los embriones del discurso.

Erróneamente se ha atribuido a los niños del artista argentino Quino, Mafalda y su patota, cierta genialidad que no es tal, es decir, que recae en el elemento propiamente infantil de los diversos cuestionamientos que evidencian ellos. No así atribuidos a una actitud política, religiosa y filosófica, críticamente hablando, como parte de su naturaleza, pues solamente pueden ser tales y no de otra manera.

A su vez, Peanuts del norteamericano Schutz manifiesta una disconformidad apriorística en sus personajes; madurez sin duda que yace prematuramente en los infantes y en su propio mundo, como efecto de repliegue frente a la indiferencia adulta en el mundo de éstos.

Pero llaman la atención toda vez que hay una tendencia férrea sociologizante, antropologizante y psicologizante que tiende a demostrar lo contrario y a reforzarlo; y que explicaría un sistema rígido que privilegia el ensanchamiento entre los padres y los niños y la poca capacidad de comprensión de los primeros respecto de los segundos, dado que ellos mismos transitaron el mismo periplo, en algún momento del pasado.

En suma, el arte de la conversación no puede haber surgido sino luego de una serie de siglos de intentos previos; y luego de determinadas circunstancias y evoluciones específicas en algunos campos.

Es un error considerar a la conversación como producto de una evolución natural o continua; en cambio son las novedades que aparecen en algún lado, una después de otra y vulgarizadas entre grupos elitistas antes de ser diseminadas en otro lugar, respecto a informaciones accidentales, lógicas, descubrimientos físicos, geográficos, históricos, de invenciones agrícolas o industriales, de obras literarias o artísticas, de ideas religiosas o políticas, las que han dado origen a la conversación tal como hoy se le conoce.

3.4 De lo oral a lo digital, de lo cotidiano a lo oral

El término chicha en nuestra cultura ya supone el prefijo infra, pues lleva en sus entrañas una visión peyorativa. Piénsese en la música chicha, en lo andino dentro del imperio citadino; lo huachafo, lo abigarrado opuesto a lo ordenado; lo pacharaco.

La visión negativa del mismo proviene, naturalmente, de arriba, de la élite o de la clase media, o de ambas, que mandan lo que debe ser y cuyo parámetro se funda en la visión de la capital, esto es, lo formal. Lo opuesto a ello, naturalmente, es lo informal, característica saltante cuando no sinónimo de lo chicha.

Chicha entonces, por extensión, es la cultura del migrante de la sierra conjugada con la que habita en la ciudad, costa. Visión que a decir de los costeños, que escamotean un racismo en forma de buen gusto, resulta aberrante; híbrido de las buenas costumbres, del ritmo y lengua que habita en la ciudad.

Pero la lengua viva, por su parte, qué duda cabe, se encuentra en las esquinas, en la prisión, en el bar, en el barrio. Es el latido cómplice de quienes a pie van, de los que no tienen voz y que a su paso apenas levantan el polvo de las suelas y llevan una peineta, rebosante de caspa, en un bolsillo y un periódico estrujado en el otro. La misma cubre con su manto o mejor aún define tanto al migrante como al costeño, que habitan sectores medios bajos y populares, en sus modos y costumbres. Y son ellos precisamente quienes tienen tendencia mayoritaria a la lectura de los denominados periódicos chichas.

En 1976 Joaquín Soler entrevistó al escritor argentino Jorge Luis Borges para el programa televisivo español *A fondo*. “(...) ahora yo no pienso ni en el diecisiete ni en el veinte, trato simplemente de expresar lo que quiero y trato de hacerlo con las palabras habituales, porque solo las palabras que pertenecen al idioma oral son las que tienen eficacia, es un error suponer que todas las palabras del diccionario pueden usarse, hay muchas que no pueden usarse”. Y el maestro concluye: “es un error escribir con el diccionario, uno debe escribir, yo creo, con el idioma, con el idioma de la conversación, con el idioma de la intimidad”.

El escritor peruano Julio Ramón Ribeyro ha confesado haber fundado su obra *La palabra del mudo* a partir de todos aquellos que pululan los márgenes de la ciudad, los olvidados, las sombras, las huestes de los que carecen de voz. Precisamente de ahí el nombre de su monumental colección de relatos.

Por su parte, lo cotidiano, como mencionamos en acápites anteriores, es todo ese cúmulo de información que a lo largo de los años se empoza en la humanidad, que muta, muere y revive en el comentario, en la conversación, del cual lo chicha es parte; donde ésta se refleja.

Lo chicha entonces no es sinónimo de la cotidianidad, pero una manifestación de ella, una forma de ser de ella. Lo cotidiano es más general que lo chicha, su materia prima, tal vez el origen de lo chicha, pero no lo chicha en sí mismo.

Lo chicha surge de lo cotidiano, del día a día, de lo espontáneo, de lo fortuito, del desborde de lo formal. De ahí que lo segundo se vea reflejado, se filtre, a través de lo primero.

Los denominados diarios chicha son, en ese sentido y en alguna medida, la realización de cierta cotidianeidad, su reflejo; su ejercicio a través de los usuarios, sus usos y desusos, su sentir, su visión y voz estentórea. La puesta en práctica del mismo, de su lengua.

Durante la década del noventa y la primera del dos mil, aparecieron diarios excesivamente accesibles a la población con menores recursos del país. Así, *El Mañanero*, *La Mañana*, *El Día*, *El Bacán*, *El Bocón*, *Ya pues...*, *El Chino*, *Pal' micro*, *Ajá*, *El Chato*, *La Chuchi*, *La Huaranga*, *El Palo de Susy*, *El Tío*, *La Yuca*, entre otros, llenaban los kioscos de la capital.

Por su parte, la gente que lee *El Men*, *El Chino*, *Ajá*, *Trome* y demás diarios chichas, simplemente incorporan el discurso escrito de los mismos al hablado con la naturalidad de quien coge ideas ya almacenadas en su acervo cultural. Del mismo modo como se vuelve, familiarmente, sobre un sueño olvidado en el curso del día recordado más tarde, un recuerdo venido a menos, un sueño, un tipo de olvido. Se pasa así de lo escrito, prensa chicha, forma de lo cotidiano, a lo oral.

Y es que lo chicha, a diferencia de los diarios orientados a las clases medias, léase *Perú21*, *La República*, *Correo*, no pretende imitar algo, por el contrario es genuina, a nivel lingüístico desde luego, pues simplemente refleja lo dado: sus lectores se comunican de esa manera. Es curioso y vale la pena mencionarlo, en ninguna de las versiones electrónicas de los diarios sensacionalistas, salvo *El Trome*, contados lectores dejan comentarios; la replica, luego, es prácticamente nula.

La nota es la opinión *per se*, más no el hecho. El terreno de la realidad, de donde se supone proviene la información y los datos, se allana con lo llano del lenguaje. Es decir, el lenguaje allana la realidad para empatarse con el lenguaje de la calle, con el ruido de la calle.

Si de música se trata, piénsese en dos álbumes: ***On the corner*** (1972) Miles Davis y ***Lo mato*** (1973) Willie Colón & Hector Lavoe. Ambos, solo por citar algunos, reflejan el ritmo de la calle, las esquinas y sus vericuetos. Música visual, para delinear las superficies, para percibir los olores. Hecha incluso para los más ciegos.

Visión que contrasta con la propuesta primigenia y tradicional de *El Comercio*, fundado en 1839 y considerado el diario con mayor prestigio y representación del Perú y caracterizado, a su vez, por su rigurosidad y academicismo, pero que sorpresivamente incursiona en los sectores populares cuando crea, en el 2001, el diario *Trome*. Muestra de informalidad que el decano de la prensa nacional ha rehuido desde su fundación, no obstante no contento con eso, en el 2002 crea *Perú 21*, orientado a las clases medias.

Mientras que *Perú 21*, *Correo*, *La República* y *El Comercio*, orientados a las clases medias y altas, y aquellos que lideran el nivel de lectoría en su rubro, se esfuerzan por parecer barruntos, básicamente a partir de los comentarios generados; todos ellos los permiten a partir de una información cualquiera. Es decir, buscan pasar de lo oral a lo escrito en tropel, sin que eso cale en la gente, por supuesto. A tal punto llega *Perú 21*, que no ejerce ningún tipo de censura, cosa que no hace ni la República ni El Comercio, a pesar de que en la mayoría de los casos el calibre de las opiniones vertidas colinda con la diatriba; ora sobre la información y/o sus protagonistas ora sobre quien defiende un punto de vista distinto al que comenta; el comentario del comentario.

Con todo, *El Comercio*, en aras de guardar las formas en lo que a comentarios se refiere, ha creado El manifiesto de Buenas Prácticas de La Comunidad. Suerte de código de ética que los usuarios deben respetar, para así evitar algún tipo de censura. *La República* advierte que mensajes vulgares, difamatorios o adyacentes al tema en cuestión serán eliminados. *Correo* solo pone como requisito ingresar a la cuenta correspondiente para hacer efectivo el comentario. Mientras que *Peru21* advierte que cada persona que comenta es responsable de lo que escribe y que se eliminarán aquellos mensajes fuera de lugar o que atenten contra las políticas internas de la empresa.

La precariedad de los diarios chichas y sus respectivas versiones electrónicas coinciden en lo que a diseño, contenido y diagramación se refiere, esto es, fondo y forma. Fotos superpuestas de cuerpos mutilados y chamuscados

de dudosa legitimidad, al lado de poses amatorias para endulzar al ser querido igualmente burdas y de potajes en su punto. Y sobre ellas un lenguaje llano, directo, sin ambages. Tal vez es así como realmente se ve el mundo, o por lo menos la manera como es visto por sus lectores, abigarrado por doquier, sin concierto y profuso en colores diversos.

Una vez más, se confirma el orden excesivo que promueven diarios como *Perú 21*, *La República*, *El Comercio* y *Correo*. Todo de acuerdo a formatos que rehúyen y buscan socavar un desorden natural, asequible solamente vía los diarios chichas.

Luego, la supuesta libertad brindada a los lectores y plasmada luego en comentarios no es sino una ficción, pues por más que intenten reflejar el sentir característico de lo coloquial o, peor aún, producirlo e inducirlo, fracasan de cara a la prensa sensacionalista y su verbo genuino.

Desde luego, puede tratarse de una suerte de segregación en base al conocimiento del lenguaje utilizado que otros ignoran “Se trata, entonces, de abrir una distancia, muy sutil o exageradamente soberbia, entre los que dominan dicho código y los que están lejos de intuir su funcionamiento; deseo de crear un abismo, quizá leve e impalpable, entre los que tienen legítimo acceso a sus particulares estrategias y aquellos que, a la inversa, no encuentran cómo ni cuándo detectar la variedad de sus propósitos” (Hevia 2008 : 24).

Contrapeso entre aquellos que tienen acceso a la Internet, televisión por cable y tantas herramientas tecnológicas y los excluidos por no acceder a éstas.

Lo que puede esperarse en las situaciones de dependencia económica, sometimiento político – realidad tras las retóricas soberanistas – y colonización cultural, es que las redes informáticas y telemáticas se conviertan en “redes de estrangulamiento”, cuyos nudos acaban asfixiando la economía de los países y ahogando la vida de los pueblos, cuando no dejan inmensos “agujeros negros” por los que se hunden los individuos en el sumidero de la historia. (Lagorio 1998: 68)

De hecho, es sobre la base de las nuevas tecnologías, aunado al capitalismo financiero transnacional, que se configura la globalización, la cual compele a modernizar estructuras y prácticas para garantizar una inclusión en el sistema económico mundial.

En efecto, así como las imágenes del cielo se corresponden a las de la tierra, las nuevas tecnologías que se asientan sobre la globalización compelen a las personas a “modernizarse”, de suerte que los aparatos tecnológicos se renuevan sin cesar y cada vez más pronto que inmediato. Hay entonces una correspondencia entre los tentáculos y el poder que el capitalismo ejerce sobre las economías del mundo, dentro de un contexto globalizado y los mecanismos de control que vuelca, el mismo, sobre los ciudadanos vía las nuevas tecnologías. Manera de ser parte de, de combatir una exclusión inherente a la posesión o no de determinados objetos. Entonces surge el deseo casi connatural, en la actualidad, por parte de los internautas de estar actualizados con las nuevas tecnologías, desde teléfonos celulares, hasta el uso del *twitter*, pasando por *ipods*, *laptops*, *blackberries*, *facebook* y demás. Siempre esgrimirán una razón para justificar el

uso de los mismos y las horas consumidas frente al ordenador. Llama la atención, sin embargo, lo imperioso que resulta poseer un teléfono celular para los mismos, más moderno aún, en la mayoría de casos, que el que sus escasos ingresos pueden costear. Símbolo de status, para ser parte del grupo, de estar conectado, para existir. Desde luego, si no tienes *facebook*, *twitter* o correo electrónico estás fuera de la corriente de Internet; eres condenado a un ostracismo perpetrado por la barahúnda de técnicas requeridas para hacer uso de ellas o por el simple hecho de no hacerlo cual fuere la motivación. No es gratuito que sean los jóvenes quienes están en contacto con ellas y consecuentemente quienes, con mucha mayor facilidad, hacen uso de las mismas. Siempre a la zaga en relación a la técnica que impone a los hombres empatarse y no acercarse a ella sino vía una adecuación, un proceso de readaptación acorde con su metalenguaje, límites y criterios que ella impone.

Y entonces lo coloquial surge como puerta de escape ante un lenguaje que, en la actualidad, vía las nuevas tecnologías imposta el ruido de la calle; pretende reflejarlo sin conseguirlo, encajarlo dentro de formatos específicos, sonar natural sin serlo, aproximarse a las grietas que más responden al desborde de la personalidad como deidad que a un simple emotivismo más acorde con las antípodas de lo anterior.

No se trata de alabar el lenguaje simple, directo, entremezclado con la jerga y así contravenir la opinión de aquellos intelectuales que, desde una posición y visión superior, la rechazan por estar más vinculada a la replana que a la lengua ideal. Sino de colocarla en su justa medida, qué refleja, cómo nace, se estira, se

recicla ella misma y se repantiga, mientras que la otra, la oficial, curiosamente la primera sería la que habla la mayoría y no lo contrario, observa impotente. Es decir, la conjugación de ambas, pues ambas dependen entre sí.

Y desde luego, sus implicancias en la sociedad, en el pensamiento, en la forma de ver el mundo a partir de las nuevas plataformas tecnológicas.

Conclusiones

1. La era actual afirma el resquebrajamiento y posterior caída de los grandes relatos, antaño reafirmada primero por el sujeto, luego Dios y posteriormente la ciencia, de ahí que los modelos de pensamiento propios de la edad antigua, medieval y moderna se encuentren acorde con todo lo relacionado en el momento de su aparición y de su apogeo, es decir, con la realidad vivida entonces. Por eso, al ver lo que ocurre alrededor en la actualidad tales paradigmas no pueden ser sino cuestionados, contraviniendo la negativa de algunos autores a reformularlos y evidenciando la fragilidad de los primeros de cara a los fenómenos actuales.
2. La idea de un sujeto incólume, sempiterno e incorruptible ha sido dejada de lado. En su lugar, han aparecido reflejos que fungen de sujetos o sujetos que fungen de Dioses, es decir, cuando los seres juegan a ser tales, desacralizando la idea existente del mismo en el pasado, cuando no restándole importancia a su existencia o, separándolo del centro del universo, del origen de donde se supone emanaba todo. En su lugar, los deidades han erigido nuevos demiurgos en el devenir diario, o ellos mismos se han levantado como tales.

3. La ciencia, a través de la tecnología o tecno ciencia, ha reemplazado el lugar de los grandes relatos. La tecnología, heredera directa de la ciencia, ha logrado doblegar a su hacedora a su antojo, las investigaciones dependen y están determinadas en gran medida por lo que mandan los avances tecnológicos, el pensar ha sido reemplazado por la eficiencia, por la capacidad para adaptarse al cambio y empatarse a lo novedoso, comandados ambos por intereses económicos. Ahora son los mercenarios de la técnica y la comunicación quienes dictan los parámetros, los instrumentos de medición, lo que es y lo que no es. La interpretación del mundo nos llega vía ellos.

4. La verdad ya no se encuentra sujeta o supeditada a los designios de la razón, la ciencia, la filosofía o la providencia. Durante centurias la verdad había sido atesorada a buen recaudo por los hacedores del conocimiento, es decir, el hombre, los filósofos, los sacerdotes y los científicos. Aislada en una suerte de urna de cristal se la veneraba y así era transmitida por ellos mismos, por sus creadores, marcando distancia entre los que la poseían, ellos mismos, quienes a su vez eran los que la designaban, pues decidían qué podía ser considerado verdad, y quienes la recibían.

5. El carácter de la verdad, en la actualidad, se encuentra más acorde con una categoría variable. La visión tradicional de la verdad, esto es, vista como algo inalterable, monolítico y sempiterno, ha ido perdiendo cada vez más fuerza, el aspecto teleológico resulta siendo limitante, censor de lo que debiera ser considerado verdad y su opuesto inmediato; lo que la circunda, lo que está antes, durante y después, y no necesariamente en ese orden, sino en cualquiera de sus variantes resulta siendo, al fin y al cabo, una posible verdad.

6. La historia teleológicamente dirigida, vista y entendida como una dinámica rígida y anquilosada, cuya raíz es una dialéctica de inicio proceso y efecto, que prioriza las grandes batallas, los grandes sucesos, en desmedro de las historias mínimas, supuestamente superfluas, cae en un terreno caduco, sesgado. Su contrario, la genealogía de la historia, incluye todo aquello que la historia tradicional deja de lado, esto es, los tiempos muertos, los pequeños acontecimientos, las anécdotas, los claro oscuros. De ahí que pensar en la verdad como algo único e indivisible, no solo sea cosa del pasado, sino también contrario a los usos que de ella se hace en la actualidad.

7. El marco ético y moral tradicional, antaño santo y seña, se ha deteriorado y finalmente resquebrajado. En su lugar, los cimientos de la posmodernidad se han asentado y erigido como modelo a seguir. Primero el hombre debía aspirar al control de los deseos, luego Dios fue el fin último suyo. Después se liberó al hombre del yugo divino y posteriormente la razón se instrumentaliza; el modelo racional tiene lugar, pero como mecanismo necesario para arribar a la certeza de las ideas. Es decir, la razón en sí misma, *per se*, no es el fin, sino la herramienta a través de la cual la información es tamizada vía la evidencia que aquella provee y que da como resultado la certeza de algo.

8. La creación de códigos de conducta, tablas de valores o marcos éticos, funciona como instrumentos para doblegar a los individuos a hacer lo correcto conforme a lo establecido socialmente. Sin embargo, su real función es de blindar la responsabilidad hacia el otro. Se hace lo correcto no porque se considere tal, sino porque hay normas de convivencia a seguir. El marco ético crea un vacío entre el sujeto y su responsabilidad, ampara el anonimato, la falta de compromiso, la distancia entre el agresor y el agredido.

9. Las formas y la manera de relacionarnos en el mundo ha mutado completamente, hemos pasado de ser alguien con rostro a una multiplicidad de rostros en uno, precisamente porque el contacto físico adolece de importancia. La manera de relacionarnos con nuestros pares, antaño limitada por la distancia, hoy acortada por la tecnología, tenía mucho que ver con la lejanía entre uno y otro, con el decurso del discurso y lo que éste tardase en llegar al receptor. La idea de distancia estaba asociada a lo físico y, relacionarse, al contacto corporal entre los sujetos de la comunicación que, desde luego, suponía cierto tramo que el mensaje debía recorrer cuando no correr; mientras que ahora el mensaje ni corre, ni recorre, sino que desde antes de ser emitido o enviado ya llegó y, su consecuente respuesta, ya fue recibida antes de ser leída o escuchada.

10. La lectura de diarios se funda, sobre todo, en cuotas de confianza más que en un deseo real de estar informados. Saber que un grupo de personas está realizando lo mismo que yo crea un vínculo entre los participantes de dicha acción en conjunto. La fuerza de un grupo se verá siempre redoblada en contraste con la de un individuo a solas.

11. La comunicación inmanente en la sociedad en su conjunto se ha resquebrajado. En efecto, los vasos comunicantes que se establecen entre los sujetos y su estado de cosas de manera casi connatural, relaciones que

involucran a algunos y marginan a otros, aunque no de manera consensual, a lo largo de la historia, ha sido alterada con el advenimiento de la modernidad y consecuentemente con la sociedad de la información y las nuevas tecnologías que ésta promueve.

12. La constitución del tiempo y espacio histórico y consecuentemente del sujeto y su correspondiente identidad no está más determinada por las grandes instituciones de poder, sea la familia, la religión, la sociedad, lo político, entre otros, sino por los medios masivos. La sociedad entera precisa mostrarse a través de la extensa gama de manifestaciones mass mediáticas contemporáneas. No hacer uso de ellas, pues de ese modo se promocionan, es estar desfasado, ausente, muerto. Lo cierto es que lo exorbitante y abrumador de su apogeo y popularidad se centran no en una cuestión técnica o instrumental, sino en el desplazamiento paulatino y, ahora ya casi totalizador, de lo que en un inicio, de manera inocua, venían a facilitar. De todos, tal vez el más popular sea la televisión, y aunque su uso más se emparenta al entretenimiento, en la práctica ha pasado de reflejar o representar a reemplazar y crear.

13. La popularización de Internet supone el advenimiento de una serie de posibles copias, simulacros y/o remedos. Potencia lo camaleónico de los usuarios, el deseo de ser miles y uno al mismo tiempo. Y los mensajes ya viciados desde su origen son una no comunicación, un desapego, una multiplicidad, una ausencia de compromiso. A fuerza de querer facilitar los usos, las herramientas tecnológicas han comenzado a reemplazar todo aquello que solo debían promover, de tal manera que el resultado ha sido multiplicar sus efectos a partir de una multiplicidad de remedos, copias, prótesis. El objeto naufraga libre a la deriva entre el mar de su propia imitación. El origen que dio lugar al existir de una gama de posibilidades ha sido eyectado de su centro, se ahoga excéntrico mientras sus versiones libres van, en el universo de lo amnésico. Los duplicados se eternizan y no solo hacen las veces de lo que imitan, sino que se trascienden a sí mismos, se clonan entre sí y se vuelven invencibles, inmarcesibles, promoviendo la obsolescencia de la célula primigenia, su muerte inmediata.

14. Las nociones de real y realidad, desgastadas a lo largo de los años, han sido reemplazadas y determinadas por lo que dicta los mass media. Tradicionalmente se entendía lo real como la base sobre la cual se asentaba la realidad. Es decir, asentarnos en la realidad era lo que nos permitía otear lo real, el telón de fondo. Se daba por sentado que lo real,

que estaba presente sin ser visto, y la realidad estaban dados y aunque el hombre podía intervenir en ésta, su acción siempre era limitada. Ahora, en cambio, las nociones de real y realidad son elaboradas por los productores de la información, léase periodistas, publicistas y guionistas, teniendo como base la noción de actualidad.

15. Los discursos mediáticos devienen fundamentales para el normal decurso de una sociedad fragmentada. En ese sentido los medios prometen unir los retazos que ellos mismos produjeron. El sujeto fractal termina siendo una unidad toda vez que aparezca en la pantalla, en las páginas, en las ondas sonoras; solo si es materia prima de los fenómenos noticiosos.

16. La noción de actualidad promovida por los medios de comunicación va acorde con el deseo de los sujetos de actualizarse, de engarzarse con ellos, vía programas, series, noticiarios, chismes, cotilleo y en esa medida garantizarse ya no un reconocimiento sino un conocimiento público de ellos mismos. Las noticias y las historias son sobre ellos, sus propios protagonistas, quienes pugnan por aparecer en ellas, cual fuere el género, pues realidad y ficción se mezclan y se separan en una dinámica constante. En suma, ni ser ni parecer, sino aparecer para luego existir.

17. Las visiones tradicionales de realidad y real se han visto trastocadas en el contexto mediático contemporáneo. El paso del mundo a la representación del mundo aún está vigente, aunque con algunas diferencias. Heidegger ya había afirmado que el cambio fundamental de la Edad Media a la Edad Moderna no era otro que el de su esencia misma, esto es, la representación del mundo. La posición del hombre, en ese orden de reflexión, era la de eje central de la misma, quien oponía al ser de lo existente en su totalidad ante sí y ratificaba así su campo de acción de dominación. En efecto, el hombre sigue estando presente en el contexto contemporáneo, al igual que la representación del mundo. Pero la representación está guiada y orientada por los medios de comunicación, son ellos quienes dictaminan la realidad y lo real en su conjunto.

18. El aparato periodístico está diseñado y trabaja de tal manera que resulta irrelevante indagar entre los límites de la dualidad falso – verdadero. Por un lado está la necesidad de estar informados y el reflejo de lo que ocurre y por otro la veracidad, la verosimilitud y la necesidad de estar informados. Naturalmente, los creadores de la noticia esgrimen lo segundo, pero a nuestro modo de ver, solo la necesidad, a toda costa, de estar informados impera. Ya no importa lo que se lee, si es genuino o inventado, pues el hombre preferirá la réplica, que alberga lo sempiterno a lo fidedigno, pues

éste se encuentra, qué duda cabe, condenado a un final determinado. Además, en él siempre está la predisposición a buscar un orden ahí donde algo carece de sentido, a completar lo incompleto.

19. Cada sujeto en particular comparte la complicitad, a escala mundial, de saber que otro igual a cada uno de ellos, en algún lugar del mundo, está haciendo lo mismo, lee un diario, navega en internet, actualiza su Facebook, revisa su Twitter, comparte fotos en Instagram y de esa manera se encuentra enrevesado a los demás, en una realidad quimérica, inestable.

20. Las noticias se configuran estrictamente de acuerdo a los intereses de la empresa que las elabora. Durante mucho tiempo se ha dicho que el interés primero de las empresas periodísticas es mantener informada a la población. Sin embargo, su propio nombre delata lo contrario, son ante todo empresas y en ese sentido necesitan ingresos que les permita solventarse. Luego, el interés que prevalece al momento de elaborar una noticia y posteriormente publicar una foto determinada, una primera plana o un titular llamativo es el crematístico. El mismo que es satisfecho con réditos provenientes de publicidad, subvención, ayuda estatal y/ o publicidad estatal. Desde luego, el conocimiento de la audiencia entra a tallar, pero

solo en tanto elemento que permita prever qué elementos deberán ser explotados en la audiencia para dar los frutos necesarios requeridos por la propia empresa.

21.El periodismo es un reflejo tangible del desprecio por lo duradero perpetrado día a día por la posmodernidad. Querer distinguir el presente, el pasado y el futuro resulta por demás embrolloso en la actualidad, en la posmodernidad. Por un lado el pasado, históricamente hablando, se ve tan lejano, que las tradiciones solo son vistas en tanto curiosidades que el novedoso estallido de la moda hace florecer, para luego sepultarlas ante la nueva tendencia. Tal vez el presente sea lo más duradero, en tanto todo se centra en él, cada experiencia será más vívida si es novedosa y esto se consigue mientras mayor sea su lejanía con un posible pasado que incluso acaba de ser algo menos novedoso que lo actual pero que sin embargo ya se aprecia como remoto según lo dictan los gurús de la publicidad. Mientras que el futuro no es sino un presente actualizado, ya no en potencia, ni siquiera una proyección del presente.

22.El periodismo centra sus energías y su retórica en un presente sempiterno, pero pasajero a la vez. La agenda setting del periodismo supone darle importancia a lo más novedoso el día de hoy y a desechar esos mismos hechos al día siguiente de su publicación. En realidad, lo novedoso al día

siguiente no se relaciona necesariamente con lo del día de hoy o de ayer. Bien podría tratarse de algo totalmente adyacente, y de hecho la mayoría de veces es así.

23. Todas las versiones electrónicas de los diarios llevan el germen de la extinción y lo pasajero. Consignan el tiempo en cada nota, sea el momento en que la misma se actualizó, por ejemplo hace 42 minutos, o la hora exacta, 6:57. Lo que subyace en ambos casos es la noción de inmediatez y de caducidad, reforzada a partir de la aparición de una nueva, y que supone el desplazamiento de la anterior y la actual, pues la siguiente hará lo propio con ésta. Todas llevan el germen de la extinción y lo pasajero, la siguiente desplazará a la anterior, pero es casi presente, pues es inevitable, la nueva ya es pasado, pero su pseudo condición de presente se refuerza con el tiempo y la anterior pertenece a la historia oficial. Manera sutil de decirle a los internautas la importancia de estar pegados al monitor, de leer y eliminar lo recientemente novedoso, lo ya caduco, lo que iba a ser, pero no más, sino presente y casi pasado.

24. Es en la cotidianidad donde los verdaderos acontecimientos tienen lugar y no en los grandes relatos. Tradicionalmente la filosofía se ha avocado a las grandes historias, a los acontecimientos grandilocuentes. Sin embargo, en

la base de ellos, siempre lo cotidiano. En efecto, la historia oficial se ha forjado a sus anchas a expensas de lo supuestamente anodino. Los grandes personajes, sus batallas, sus aciertos y desaciertos cobran importancia solamente soterrando, cuando no escamoteando, las circunstancias en las que tuvieron lugar, el océano en el que se originaron. En ese orden de reflexión, los discursos que nos llegan vía diferentes vías nos compelen a interpretarlos de determinada manera. Aunque en realidad a través de la puesta en práctica de significantes a sus significados o de significados a sus significantes el abanico de posibilidades se democratiza. Interpretar pues los signos de manera activa y no pasiva es lo que caracteriza la dualidad cotidianidad modernidad.

25. Es en el uso cotidiano, en la práctica, que los significantes y significados, que libres van, logran empatarse a partir de la elección que llevan a cabo los hombres. Sea que lo cotidiano se refleje en el lenguaje o el lenguaje en lo cotidiano es siempre en el uso del mismo que las lógicas sociales tienen lugar, sin embargo, él es quien da valor a las cosas, éstas adquieren sentido y existencia al ser nombradas. Del mismo modo como un lector se pasea por los anaqueles de una biblioteca buscando discriminar opciones entre muchas y al fin elegir una o más entre tantas, durante una conversación cualesquiera, sobre todo común y corriente, cuyo centro versa

sobre lo espontáneo y sin corregir, los interlocutores se interpelan unos a otros, entran y salen de la conversación, al antojo y ritmo de las circunstancias, del momento, del ánimo, de hablar a secas, compelidos por la propia dinámica que en ella yace, muere y renace, en vez de un tener o deber que hacerlo.

26. El periodismo no se remite sino a sí mismo. Teóricamente, el periodismo descansa sobre dos pilares: la objetividad y el deber de informar. No obstante, por un lado, las noticias tienen una orientación clara, determinada por la empresa periodística y, por otro lado, la población termina leyendo lo que aquella publica. Así como el lenguaje se remite al lenguaje, metalenguaje, el periodismo, al padecer bulimia cotidiana, se remite al propio periodismo. La información impresa llega tarde y tarda en publicarse, las ediciones se cierran hacia la medianoche y las primeras impresiones se realizan antes del amanecer. Los repartidores de diarios aparecen recién en las primeras horas de la mañana. La radio, en cambio, es un flujo ininterrumpido. Se actualiza casi paralelamente a lo que narran. El resumen del día anterior es mostrado en la mañana por la televisión y, lo acontecido en el transcurso del día, en la noche. Aunque durante el día también hay algunas actualizaciones. La reconciliación de lo visto, escuchado, leído y sido con el ahora y el porvenir, viene vía los diarios electrónicos.

27. Frente a las férreas agendas periodísticas surgen los mensajes alternativos de los ciudadanos de a pie. Los medios oficiales buscan acaparar todo, las noticias de un medio se ven reflejadas, o reverberan, en otro. La ciudad se ve abarrotada de información por doquier, pero lo que tradicionalmente se llama radio bamba, esto es, el cotilleo, el comentario del comentario, el chismorreo, el raje, la pura conversación, se nutre del aparato informativo oficial y replantea lo dicho con salero, en otra clave, con ciertas cuotas propias de los verdaderos protagonistas que no aparecen en las historias que cuentan los periodistas, pero se sienten partes de ella, con ciertas licencias sobre ellas, tal vez porque la calle les pertenece, por haber sido relegados de la noticia o por ambas razones.

28. El sobredimensionamiento informativo de nuestra sociedad actual conduce a una amnesia de los propios consumidores informativos. Los medios oficiales, prensa, radio, televisión e internet, resultan omnipresentes, buscan acaparar todo el espectro informativo de sus propios consumidores. No obstante, los resultados son abrumadores, la propia dinámica del periodismo compele a desechar lo recién leído, visto o escuchado, y a perder de vista los detalles, las historias detrás de las historias, lo anecdótico, lo casual, merced a lo novedoso, la primicia, la noticia.

29. La opinión y la conversación son el germen del periodismo moderno. La conversación se encuentra imbricada al público, reposa en éste el deseo connatural de manifestarse por el mero hecho de hablar, por placer, por juego, por cortesía. Ni siquiera sobre algo o alguien, tampoco de manifestarse a favor o en contra. No obstante, y aunque no tan general ni continua como la conversación, la opinión ya se encuentra en el público. Lo cierto es que en la conversación se filtra y se vuelca la opinión como variante necesaria de lo visto, escuchado, leído, inventado.

30. Hay un intento por volver los medios electrónicos menos formales en cuanto a lenguaje se refiere. Tradicionalmente los medios se han caracterizado por su formalidad exacerbada, por el encierro al que someten al lenguaje. Sin embargo, la norma se ha flexibilizado, sobre todo, en los denominados diarios chicha. El lenguaje utilizado en su versión impresa y electrónica es el mismo: directo, procaz, ahorado. Los demás diarios buscan un lenguaje simple, que facilite la rápida lectura, pero motivan comentarios ácidos e inofensivos que surgen del momento, de ahí lo profuso de las faltas ortográficas, la ausencia de signos de puntuación y la falta de hilo conductor entre las ideas. Se podrá decir que es así como suena el habla de la calle, pero al fin y al cabo, tratan de controlar, a su modo, el comentario del comentario. Así, número de caracteres y la posible censura del mismo ejercen control.

Bibliografía

- ANDERSON, Perry
2004
Modernidad y revolución (en *El debate modernidad posmodernidad*). Buenos Aires: Retórica.
- ARENDT, Hannah
1974
La condición humana. Primera edición. Barcelona: Seix Barral, S.A.
- BARONE, Orlando
1976
Diálogos Borges Sábato. Buenos Aires: Emecé.
- BARTHES, Roland
1953 – 1964
Le degré zéro de l'écriture. Elements de semiologie. Paris: Gonthier.
- BATESON, Gregory
1991
Pasos hacia una ecología de la mente. Buenos Aires: Planeta.
- BAUDRILLARD, Jean
1989
De la seducción. Madrid: Cátedra.
- BAIDRILLARD, Jean
1990
"Videosfera y sujeto fractal" (en *Videoculturas de fin de siglo*). Madrid: Cátedra.
- BAIDRILLARD, Jean
2002
Contraseñas. Barcelona: Anagrama.
- BAUMAN, Zygmunt
2004
Ética posmoderna. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- BAUMAN, Zygmunt
2007
Vida de consumo. México, D.F.: Fondo de cultura económica.

- BAUMAN, Zygmunt y Tester Keith
2002 *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones.* Barcelona: Paidós.
- BENVENISTE, Émile
1977 *Problemas de lingüística general II.* México, D.F.: Siglo veintiuno editores.
- BERGER, Peter – LUCKMANN Thomas
2001 *La construcción real de la realidad.* Buenos Aires: Amorrortu editores.
- BERNAN, Marshall
2004 *“Las señales en las calles (respuesta a Perry Anderson)”* (en *El debate modernidad posmodernidad*). Buenos Aires: Retórica.
- BERNAN, Marshall
2004 *“Brindis por la modernidad”* (en *El debate modernidad posmodernidad*). Buenos Aires: Retórica.
- BOURDIEU, Pierre
2001 *Sobre la televisión.* Barcelona: Anagrama.
- BORGES, Jorge Luis
1999 *Antología poética 1923-1977.* Madrid: Alianza editorial.
- BORGES, Jorge Luis
1984 *Ficciones.* Buenos Aires: Oveja negra.
- CALVINO, Italo
2003 *El barón rampante.* Barcelona: Planeta.
- CORTAZAR, Julio
1999 *Todos los fuegos el fuego.* Santafé de Bogotá: Norma.
- CHARLES Taylor
1996 *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna.* Barcelona: Paidós.
- DE CERTEAU, Michel
2000 *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer.* México, D.F.: Cultura libre.

- DELEUZE, Gilles
1986 *Nietzsche y la filosofía.* Barcelona: Anagrama.
- DEL REY MORATO, Javier
1997 *Los juegos políticos. Teoría general de la información y comunicación política.* Madrid: Tecnos.
- DESCARTES, Rene
1912 *A discours on method.* London: J.M. Dent & Sons Ltd.
- DÍAZ, Esther
2000 *Posmodernidad.* Buenos Aires: Biblos.
- ECO, Umberto
2007 *Apocalípticos e integrados.* Barcelona: Debolsillo
- ECO, Umberto
1995 *El super hombre de masas: retórica e ideología de la novela popular.* Barcelona: Lumen.
- FOUCAULT, Michel
2002 *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas.* Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- FOUCAULT, Michel
1980 *Microfísica del poder.* Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.
- GILLES, Deleuze
1986 *Nietzsche y la filosofía.* Barcelona: Anagrama.
- HABERMAS, Jürgen
1987 *Teoría de la acción comunicativa, II. Crítica de la razón funcionalista.* Madrid: Taurus.
- HABERMAS, Jürgen
2004 *“Modernidad: un proyecto incompleto” (en El debate modernidad posmodernidad).* Buenos Aires: Retórica.
- HEIDEGGER, Martin
1960 *Sendas perdidas.* Buenos Aires: Losada.

- HEIDEGGER, Martin
2007 *El ser y el tiempo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- HEVIA, Julio
2002 *Lenguas y devenires en pugna. En torno a la postmodernidad*. Lima: Fondo de Desarrollo Editorial, Universidad de Lima.
- HEVIA, Julio
2008 *Habla, jugador. Gajes y oficios de la jerga peruana*. Lima: Taurus.
- INNERARITY, Daniel
1990 *Dialéctica de la modernidad*. Madrid: Rialp.
- JAMESON, Fredric
2004 *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*. Barcelona: Gedisa.
- JAMESON, Fredric
2004 *“Lo utópico, el cambio y lo histórico en la posmodernidad” (en El debate modernidad posmodernidad)*. Buenos Aires: Retórica.
- LAGORIO, Carlos
1998 *Cultura sin sujeto. El dominio de la imagen en la posmodernidad*. Buenos Aires: Biblos.
- LAPLANTINE, François y NOUSS, Alexis
2007 *Mestizajes. De Arcimboldo a zombi*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- LEFEBVRE, Henri
1984 *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza.
- LOPEZ GIL, Martha
1996 *Filosofía, modernidad y posmodernidad*. Buenos Aires: Biblos.
- LYOTARD, Jean François
1994 *La condición posmoderna*. Madrid: Catedra.

- LYOTARD, Jean François
2004 *“Qué era la posmodernidad”* (en *El debate modernidad posmodernidad*). Buenos Aires: Retórica.
- MAFFESOLI, Michel
1994 *“La socialidad en la posmodernidad”* (en *En torno a la posmodernidad*). Barcelona: Anthropos.
- FOUCAULT, Michel
2002 *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- MONSIVAIS, Carlos
2007 *Las alusiones perdidas*. Barcelona: Anagrama.
- NIETZSCHE, Friedrich
1994 *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.
- OCAMPO, Silvina
2008 *Ejércitos en la oscuridad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- PALMA, Ricardo
2001 *Tradiciones peruanas*. Lima: Peisa.
- PÉREZ TAPIAS, José Antonio
2003 *Internautas y naufragos. La búsqueda del sentido en la cultura digital*. Madrid: Trotta.
- RICOEUR, Paul
1975 *Hermenéutica y estructuralismo*. Buenos Aires: Asociación editorial La Aurora.
- ROJAS OSORIO, Carlos
2002 *La filosofía en el debate posmoderno*. San José: Euna
- SCHULTZ, Alfred
1974 *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorturru.
- TARDE, Gabriel
1904 *La logique sociale*. Paris: Félix Alcan.

TARDE, Gabriel
1910

L'opinion de la foule. Paris: Félix Alcan.

VERDÚ, Vicente
2003

El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción.
Barcelona: Anagrama.

WOLTON, Dominique
1992

“La comunicación política: construcción de un modelo”
(en *El nuevo espacio público*). Barcelona: Gedisa.

WOLTON, Dominique
1999

Sobre la comunicación. Una reflexión sobre las luces y sus sombras. Madrid: Acento.